



Universiteit  
Leiden  
The Netherlands

## **Latinyorks: Primera, intermedia y segunda generación de (in)migrantes latinoamericanos en la ciudad de Nueva York**

Narvaez Gutierrez, J.C.

### **Citation**

Narvaez Gutierrez, J. C. (2015, October 15). *Latinyorks: Primera, intermedia y segunda generación de (in)migrantes latinoamericanos en la ciudad de Nueva York*. Retrieved from <https://hdl.handle.net/1887/35901>

Version: Corrected Publisher's Version

License: [Licence agreement concerning inclusion of doctoral thesis in the Institutional Repository of the University of Leiden](#)

Downloaded from: <https://hdl.handle.net/1887/35901>

**Note:** To cite this publication please use the final published version (if applicable).

Cover Page



Universiteit Leiden



The handle <http://hdl.handle.net/1887/35901> holds various files of this Leiden University dissertation.

**Author:** Narváez Gutiérrez, Juan Carlos

**Title:** Latinyorks: identidad cultural y asimilación de los (in)migrantes latinoamericanos en Nueva York

**Issue Date:** 2015-10-15

## Capítulo 4

# La ciudad de hierro y sus *ghettos*: inserción territorial en la construcción social de Nueva York

Los *newcomers* o los recién llegados son aquellos sujetos migrantes que la literatura anglosajona ha definido como los nuevos (in)migrantes entre otras características por su momento de llegada a Norteamérica.

Los contingentes migratorios que arribaron a Estados Unidos a partir de la mitad del siglo XX se caracterizaron principalmente por su diversidad de origen, de ahí que Foner (2000) lance las siguientes preguntas en su obra: “*Who they are and why they have come?*” y “*Where they live?*” provocando el análisis sobre estos nuevos grupos de (in)migrantes que desde la década de 1960 se han instalado particularmente en la ciudad de Nueva York.

Richard Hartshorne en 1938 publicó en la *Geographical Review* el artículo “Racial Maps of the United States”. En él, describe los patrones residenciales y de establecimiento que observan minorías étnicas sobre la geografía de la nación norteamericana, caracteriza: “*negro areas*”, “*mexican areas*”, “*native-indian areas*” y “*oriental-race areas*” para mostrar un mapa georacial del país. De 1938 al 2008, los patrones de establecimiento residencial y comercial se realizan bajo una lógica de segmentación étnica y racial.

Foner (2000, 2003) cuestiona la idea de pensar en la investigación de los inmigrantes agrupados, configurando barrios étnicos, lo cual, adquiere validez en tanto que el colectivo (in)migrante contemporáneo es más diverso y la heterogeneidad de sus perfiles condiciona el camino a seguir para su inserción. Sin embargo, más allá de esto, los inmigrantes mantienen una dinámica de establecimiento residencial y comercial que tiende aún a formar múltiples clusters étnicos, convirtiéndose, metodológicamente, en una ventaja del diseño del trabajo de campo.

Este capítulo analiza cómo los (in)migrantes construyen sus relaciones con el espacio urbano, su peso e importancia dentro de su proceso de

inserción y el proyecto de vida de los jóvenes (in)migrantes dominicanos y mexicanos; tanto a nivel individual como a nivel comunitario y colectivo, en otras palabras, trata de vincular a través de las narrativas de los sujetos los significados que estos dan al espacio urbano, en tanto usuarios y practicantes de distintas dinámicas de inserción objetiva y subjetiva.

Hallar patrones de inserción espacial que respondan a la heterogeneidad que significa vivir en la sociedad de destino -desde el horizonte y la mirada de los jóvenes (in)migrantes dominicanos y mexicanos de primera, segunda y generación intermedia- motiva esta búsqueda alrededor de la incorporación urbana, sea en la concentración, la dispersión, la integración, el aislamiento, la pertenencia o el sentido individual de la apropiación espacial.

#### **4.1 La incorporación de los (in)migrantes en el espacio urbano**

Como se ha ya discutido, a lo largo del siglo XX, el concepto que guió fundamentalmente la discusión en torno a las formas de incorporación de los migrantes a las sociedades y el espacio urbano huésped fue el de “asimilación” (Gordon, 1964). Para contextualizar el análisis en este apartado, se profundiza en la descripción y el análisis sobre el término, debido a que es necesario retrotraer y discutir algunas referencias del término para poder construir un marco teórico y empírico más amplio y que permita interpretar la experiencia de la inserción urbana de los sujetos de este estudio.

Alba y Nee (2003), analizan de manera exhaustiva la genealogía del concepto de asimilación de cara a la inmigración contemporánea donde “la asimilación” dejó de ser vista como un proceso de doble vía. Por un lado adaptación y por otro aculturación, ambos en una trayectoria lineal, donde a partir del desprenderse de su cultura natal, el inmigrante logrará paulatinamente una incorporación exitosa, en tanto podrá experimentar la movilidad ascendente que promete la sociedad huésped aún bajo la representación jerárquica y racial que significa vivir dentro del *mainstream*, es

decir, en este caso dentro de los parámetros culturales y las aspiraciones de la sociedad urbana anglosajona.

Si bien, el concepto clásico de “asimilación” bajo el lente de la apertura democrática y multicultural resulta actualmente impopular, en la práctica y de acuerdo con las percepciones presentes de los nativos americanos más conservadores sobre los inmigrantes, dicho término ortodoxo no parece tan alejado de la realidad. Vigente o no, desde su origen en la Escuela de Chicago, pasando por derivaciones pluralistas y segmentadas, el paradigma de la asimilación ha sido el anclaje teórico para muchos estudios empíricos sobre población étnicamente diferenciada en Estados Unidos. De acuerdo con Alba y Nee (2003), una definición viable y flexible en términos de su maleabilidad conceptual debe reconocer, en aras de adquirir actualidad, tres aspectos: la etnicidad como frontera es una construcción social; la diferencia que provee significado a los sujetos sobre los otros; y para que ocurra la transformación debe proyectarse hacia ambos lados de la frontera social.

1. "El origen étnico es esencialmente un perímetro social, una distinción que los individuos hacen en su vida cotidiana y que da forma a sus acciones y sus percepciones hacia los demás.
2. Esta distinción es típicamente interiorizada en una variedad de las diferencias sociales y culturales entre los grupos que le dan un significado concreto a la frontera étnica, de modo que los miembros de un grupo piensan: "Ellos no son como nosotros, porque....".
3. La asimilación, como una forma de cambio étnico, puede ocurrir a través de los cambios que tienen lugar en los grupos en ambos lados de la frontera étnica "(Alba y Nee, 2003:11).<sup>36</sup>

---

<sup>36</sup> 1) "Ethnicity is essentially a social boundary, a distinction that individuals make in their everyday lives and that shapes their actions and mental orientations toward others. 2) This distinction is typically embedded in a variety of social and cultural differences between groups that give an ethnic boundary concrete significance (so that members of one group think, "they are not like us because....") 3) Assimilation, as a form of ethnic change, may occur through changes taking place in groups on both sides of the boundary" (Alba y Nee, 2003: 11).

En este sentido, Portes y Bach (1985), Portes (1990), Waldinger (1996), Rumbaut y Portes (2001), entre otros, repensando de manera crítica los modelos de incorporación desde el paradigma de la asimilación como base teórica -generalmente- han rechazado el determinismo ortodoxo del concepto, y en contrasentido rescatando ya sea por su carácter positivo o negativo el sentido de pertenencia étnica como modo de inserción primaria a las sociedades de recepción; en otras cosas, observan la persistencia del grupo étnico, en la expresión de la construcción de espacios urbanos étnicos como el caso de los enclaves económicos, los nichos laborales segmentados o los *cluster* culturales, como espacios que sirven para atenuar los costos del establecimiento y la acomodación de los inmigrantes en las ciudades y sociedades huésped.

En este sentido, a principios del siglo XXI, se observan espacios urbanos en los que cohabitan micro-espacios o micro-sociedades que se distinguen por su concentración étnica; por ejemplo, en las *global cities* (ciudades globales) la existencia de una India -simbólica- que habita paralelamente en París, o una Italia rodeada de China -ambas enclavadas en la ciudad de Nueva York. Hace un par de siglos (antes de la mundialización actual) este escenario era inimaginable o ficticio, actualmente es real, múltiple y cotidiano. Pero, ¿hasta dónde esto denota una transformación cultural? O, ¿se trata simplemente de una nueva cartografía de segregación enunciada a partir de procesos de anclaje y desanclaje territorial?

Los argumentos que han tratado de redefinir los postulados de la Escuela de Chicago se pueden sintetizar en: a) Las minorías prevalecen: el *melting pot* habla de una fusión, más no de una fisura entre los miembros de la sociedad receptora y los nuevos inmigrantes, de forma tal, que se produce una nueva sociedad a partir de la mezcla entre nativos y minorías. Sin embargo, dicha fusión ha resultado sólo en algunas expresiones sociales y culturales como la música y la gastronomía, pero no ha logrado desembocar hacia otros ámbitos como el político (Blanco, 2000); b) Tolerancia cultural: el pluralismo cultural o étnico asume que tanto el nativo como el inmigrante desean conservar sus rasgos identitarios y culturales. Sin embargo, ambos

están dispuestos a crear o mantener un código de comunicación y convivencia común, sin interferir de manera abrupta o violenta dentro de las costumbres de alguno de los colectivos étnicos y raciales (Pries, 2002; Alba y Nee, 2003); c) Igualdad mínima: el multiculturalismo neoliberal construye un discurso que encarna nuevas formas de poder o acción política de las minorías en la cual los sujetos se insertan en un espacio donde las formas clásicas de racismo y segregación se han desvanecido idealmente. Sin embargo en este esquema, los derechos parecen otorgados en un acto más bien de orden simbólico, ya que, lo que se presenta es un escenario de participación en la exclusión que sólo refuerza el orden jerárquico de la sociedad hegemónica (Hale, 2002; Yashar, 2005).

Sintéticamente, parece que al hablar de formas de inserción o incorporación se enuncian más bien una serie de supuestos que si se deseara resumir sería bajo el siguiente lema: la suma de minorías recrea universos paralelos dotados de “cierta” visibilidad en su condición de actores políticos, sociales y culturales, adscritos a espacios de realización, otorgados por la cultura de la mayoría nativa o de aquellos que son el *mainstream*.

El barrio *underground*, el *ghetto*, la calle, la esquina, la pandilla, todas son encarnaciones en y del territorio, en ellas se contiene lo que representa teóricamente Park y sus colegas. Así, los (in)migrantes como agentes intersticiales, abandonan un espacio de poca movilidad para insertarse en un colectivo de heterogeneidades distantes e individualizadas, donde la competencia metropolitana es real.

Si la ciudad se estructura sobre la metáfora de un punto que se expande, o sobre una suma de fragmentos diferenciados, o sobre una concentración de mundos individuales que se disputan un trozo de pavimento, algo claro resulta de ello: la ciudad es una construcción y una representación de lo social, la densidad de un conjunto de grupos, comunidades, movilidades e individualidades compartidas e interdependientes.

“La población de la ciudad no se reproduce a sí misma, debe reclutar a sus inmigrantes de otras ciudades, del campo y, en los Estados Unidos, hasta hace

poco, de otros países. Así, históricamente la ciudad ha sido crisol de razas, pueblos y culturas y un buen campo de cultivo de nuevos híbridos biológicos y culturales” (Wirth, 1988: 169).

Y sean (in)migrantes o no, hacen de la ciudad el espacio público, el escaparate de la excentricidad y la diversidad. Si la ciudad de Nueva York es un rompecabezas, el análisis de las narrativas que siguen son algunas de sus piezas, igual se desenvuelven dentro de una habitación, que en medio de un centro comercial, a la puerta de un *deli* o en el *basement* de una escuela pública, en el auditorio de una iglesia o en una marcha de protesta hacia el City Hall o en la esquina de barrio siendo víctimas de la violencia o haciendo comunidad. Desmembrar y cartografiar los itinerarios de los jóvenes (in)migrantes en la metrópolis y ubicar sus patrones de inserción territorial es el objetivo de las siguientes líneas.

La migración y la ciudad, sus formas y sus contenidos, son el punto de partida para reflexionar los modos de inserción e incorporación de los (in)migrantes como sujetos que intervienen en el uso del espacio metropolitano. Como espacio referencial: Washington Heights-Quisqueya Heights y El Barrio-East Harlem -ambos en la isla de Manhattan-, se presentan como centros étnicos y corazones simbólicos. Transversalmente la narrativa de los sujetos instalados en uno u otro sitio guían al texto hacia lugares, cruces, esquinas, estaciones de tren y espacios inesperados en los que transita y pasa la vida cotidiana del joven (in)migrante en su biografía: del Bronx a Brooklyn, de la Quinta en Brooklyn a la Roosevelt en Queens, de El Barrio a Quisqueya Heights, del día a la noche y viceversa.

#### **4.2 Washington-Quisqueya Heights: la ciudad dentro de la ciudad**

Mirar la ciudad superficialmente o desde sus entrañas (públicas y privadas) forma parte de lo que Delgado (1999) llama la apropiación material del espacio, una trama provista de interpretación e intermitencia analítica que estructura la acción y agencia de los sujetos migrantes sobre las ciudades, ya sea en sus esquinas, parques, fábricas, sótanos, restaurantes, lavanderías,

centros comerciales, transportes, enclaves étnicos o en el mundo de vida del *ghetto*. El Castillo de Jagua, El Malecón, El Conde, Rancho Jubilee, Margot Restaurante, Jimmy's Oro, El Presidente y Típico Dominicano, son sitios instalados y enunciados dentro de las fronteras del área de Washington Heights o la Quisqueya Heights; el platillo llamado "la bandera dominicana" que es un plato de carne, arroz y habichuelas que cuesta entre \$7 a \$20 dólares, son la síntesis de una imagen y metáfora de la representación del (in)migrante y de la construcción social y simbólica de la ciudad, y que constituyen ambos, entes y escenarios de un análisis complejo material y subjetivamente dinámicos (Bassols, 1988).

En el análisis general de Ezra Park y sus colegas, el (in)migrante -solo o en comunidad- es el personaje del territorio siempre presente. Wirth señala: "el ser humano tiene una característica singular derivada de que los hombres en gran medida construyen su propio ambiente, tienen gran poder de locomoción y están, por lo tanto, menos atados al hábitat inmediato, en el cual son puestos por la naturaleza" (Wirth, 1964: 180 en Lezama, 2010); así, desde esta mirilla, la migración aparece endémica al ser humano y a la ciudad, una ciudad sin migración y migrantes, en la lógica de ecología urbana está destinada a decaer: forman parte de un (des)orden en el que se encuentra una medida necesaria para crear el equilibrio.

Las ciudades con concentración de migrantes se han caracterizado por poseer una estructura basada en la segregación. Por ejemplo, en toda gran urbe estadounidense se encuentra un barrio chino, latino o mexicano; la pequeña Italia, la calle de los coreanos, el barrio de los afroamericanos y los que se van sumando a la heterogeneidad y la gentrificación acumulada: En ocasiones la diferenciación se define con la pigmentación de la piel, el idioma, la madurez de la migración del grupo, los recursos económicos, el capital cultural y la mayor o menor discriminación social y laboral. Se dice, que un barrio además de ser una expresión geográfica, es una localidad con sentimientos, tradiciones e historia propia (Lezama, 2005).

Doreen Massey (1994), desde la geografía observa no sólo la incorporación al territorio de los migrantes de forma objetiva, sino a través del

concepto de lugar y pertenencia, donde se adquiere y da sentido al proceso de inmersión al espacio urbanizado; la subjetividad aquí lejos de una posición abstracta se desarrolla sobre una arena de relaciones sociales donde el habitante, el migrante o el usuario del espacio aprende a negociar con el otro: el cohabitante (Nelson y Hiemstra, 2008).

Los (in)migrantes dominicanos tienen presencia en los cinco distritos de la ciudad; la concentración más importante se localiza en el área del Alto Manhattan en Washington Heights, un barrio multiétnico, predominantemente de clase de trabajadora y latina (Gibertson y Singer, 2003). Entrada la década de 1980, el área de Washington Heights<sup>37</sup> que actualmente va de la calle 145 a la 200, se transformó en un barrio Latino a consecuencia de las fuertes olas de inmigración. Para 1990, 67% de la población se consideraba hispana o latina, en el 2000, 74% y en el 2005, 73%; para el 2005 los dominicanos sumaban alrededor del 70% de la población en el área (Bergard, 2008).

“Quisqueya Heights” se lee en un grafiti cerca de la avenida St. Nicholas, renombrada como Juan Pablo Duarte Boulevard, en memoria al personaje de la independencia de la República Dominicana. Es sabido por los neoyorquinos que el área de Washington Heights es en la historia reciente de Nueva York, el hogar de los (in)migrantes provenientes de la isla quisqueyana.

En el barrio se concentran distintas dimensiones que hacen su vida entera: cuentan algunos residentes, que hay dominicanos del área que nunca han ido más allá de unas cuadras que hacen la frontera entre el Alto Manhattan y Harlem, aunque, en contraste, en su trayectoria como (in)-migrantes hayan viajado en más de un par de ocasiones hacia Santo Domingo para pasar algunas fiestas o una vacación.

En la literatura sobre la incorporación de los (in)migrantes a la sociedad huésped se ha discutido a lo largo del tiempo los pros y contras de vivir en una ciudad global bajo una estructura de sociedad étnicamente

---

<sup>37</sup> Antiguamente el área de Washington Heights iba desde la calle 125 hasta la 200; los procesos de gentrificación y de sustitución étnica en los barrios de Manhattan fueron reduciendo estos espacios para la población latina y negra. En uno de los relatos que se muestran en este capítulo Jovanny Báez narra dicha situación.

cerrada (Portes y Bach, 1985; Waldigner 1990; Portes y Guarnizo, 1991). El caso de los dominicanos en Nueva York, y en específico en Washington Heights, sirve como marco de análisis, o una ventana, desde donde pueden observarse algunos patrones y mecanismos de inserción urbana de los (in)migrantes latinoamericanos.

Vivíamos en la calle 109, ahí pasé hasta mis primeros 19 años en una comunidad que se llamaba Upper West Side, pero para mí siempre fue uptown, ahora se llama Morningside Hights está alrededor de Columbus University. Yo viví en 3 áreas que han sido gentrificadas (re-ocupadas); viví en la 84 y Amsterdam, ahí el abuelo mío y el tío mío, fueron dueños de negocio, en la misma Amsterdam, ahora tú ves eso ahí y tú nunca hubieras pensado que los dominicanos eran dueños o propietarios de negocios ahí, porque eso ahora es biblioteca (librería) Barnes and Noble or Dunking Donuts, cosas más americanas. Pero fue el área del Upper West Side donde en los principios del 72 al 76 se hizo la primera comunidad de dominicanos; mucha gente cree que fue Washington Hights, y no es cierto, lo que pasa es que nos han ido recorriendo, la comunidad dominicana cuando llegó aquí en los 60's. (Jovanny Báez, Washington Heights, NY, 2008).

Previo a la llegada masiva de los dominicanos a Washington Heights - bautizada en memoria de la Batalla del Fort Washington-, la población judía ocupaba el área,<sup>38</sup> actualmente quedan sólo algunas familias de origen judío. Sin embargo, tal como lo narra Jovanny, la comunidad dominicana y su proceso de acomodación territorial ha estado vinculado o vulnerado desde su inicio, tanto dentro como hacia fuera, por la gentrificación<sup>39</sup> de la zona.

Actualmente el área ahora nombrada de Hudson Heights está pasando por este proceso: un Starbucks, y otros negocios tipo *gourmet* han atraído nuevos residentes al vecindario étnico-dominicano. Empero, aún parece

---

<sup>38</sup> El Fort Washington se construye por las tropas del durante la Guerra Revolucionaria Estadounidense en el punto más alto de la isla de Manhattan, para defender la zona de las fuerzas británicas durante la batalla del 16 de noviembre del 1776.

<sup>39</sup> El término de *gentrification* o gentrificación como se ha usado en la literatura en español, fue popularizado por la socióloga Ruth Glass (1964) en los años 60 en sus estudios de los barrios pobres: sus transformaciones y posterior ocupación por londinenses con mayores recursos monetarios y culturales; la definición más popular del término gentrificación habla de la sustitución residencial y comercial dentro de barrios deprimidos, forzando a la población más pobre a mudarse de sus comunidades, cuando el uso de suelo no es costeable para ellos.

lejana la tarde de verano que en Washington Heights deje de sonar la música de bachata y merengue brotando de las ventanas de los edificios habitados por los isleños, y que las bodegas, las boticas, los salones de belleza, no predominen en el paisaje de servicios y comercios urbanos del barrio.

CUADRO 19. DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN DE ORIGEN LATINO EN EL ÁREA DE <i>WASHINGTON HEIGHTS</i> , AÑOS 1990, 2000 Y 2005			
	1990	2000	2005
Dominicanos	65%	71%	73%
Puertorriqueños	14%	10%	8%
Cubanos	7%	3%	3%
Ecuatorianos	3%	4%	6%
Colombianos	2%	1%	2%
Mexicanos	1%	3%	4%
Total	100%	100%	100%

Fuente: Datos basados en IPUMS (Integrated Public Use Microdata Series) for 1990, 2000, and 2005 for PUMA 3603801 derived from the U.S. Census Bureau: Bergard, 2008.

La movilidad urbana se observa a lo largo de la trayectoria de vida de los jóvenes que han crecido en la ciudad. Jovanny ha mudado su residencia a varios puntos de Manhattan, desde la calle 84 hasta la 200 es decir, dentro del área formada como el centro de la comunidad dominicana: Washington Heights. Ahí la concentración étnica se vincula con el uso y la apropiación por parte de la comunidad dominicana del área, la identificación y el sentido de pertenencia. Jovanny lo narra cuando describe a los policías del distrito de Manhattan golpearon a un joven llamado Quico García, para él, en ese acto la comunidad se unió y se mostró integrada, haciendo notar su fuerza y la presencia de la dominicanidad y también la identidad neoyorquina, el ser dominicano en Nueva York: *dominicanyork*.

En los 50's, muchos vivían de la calle 72 hasta la 96 o 110; mi abuela primero vivió en el Bronx en Cretona y después de ahí, de Cretona, se mudó para la 83 y Amsterdam. Duró ahí como hasta el ochenta, después se movió pa' Queens; porque los dominicanos comenzaron aquí en lo que se llama Upper West Side, la 135, y en Washington Heighs. Pero hubo un grupo que se fue pa' Queens, lo que es el Flushing ahora está lleno de dominicanos; y otro grupo de jóvenes de familia dominicanas vivían en Brooklyn; yo como Jovanny, Jovanny Báez, nosotros somos fundados por West Side, eh, viví en Queens y Manhattan, como toda la familia de emigrantes, los abuelos eran los que cuidaban a los niños cuando los padres iban a trabajar: mi papá y mi mamá trabajaban en factoría; mi papá: él era el soldador, sólo por un par de años, luego lo botaron, por discriminación, mi papá es oscuro, mi mamá es dominicana clara, eso me hace este joven bello (Jovanny Báez, Washington Heights, NY, 2008).

En su relato Jovanny Báez, reflexiona sobre la historia de la movilidad residencial de la población inmigrante de origen dominicano dentro de las fronteras y más allá del Alto Manhattan, para ello, retrotrae de la memoria familiar, cual álbum fotográfico, los momentos de salida y entrada de un barrio a otro, de un bloque de calles a otro.

A lo largo de las narrativas recogidas a jóvenes dominicanos la segregación socio-espacial aparece ligada a una variable racial; los dominicanos de acuerdo con las entrevistas se agrupan para poder contrarrestar presiones impuestas por el grupo de afroamericanos que ocupaban y compartían el área residencial. Esta auto-segregación, actúa para integrar a la comunidad migrante pero al mismo tiempo la separa de otros grupos étnicos.

CUADRO 20. POBLACIÓN DOMINICANA EN WASHINGTON HEIGHTS, 1990, 2000 Y 2005						
	1990	%	2000	%	2005	%
Total de la población	206,592	100	224,189	100	211,884	100
No hispanos	70,156	34	59,485	26.6	57,029	27
Hispanos	136,436	66	164,704	73.4	154,855	73
Dominicanos	88,280	42.7	116,747	52	112,632	53.1

Fuente: Censo 1990, 2000 y American Community Survey 2005.

De 1960 a 2010, los dominicanos como comunidad han experimentado y desarrollado estrategias de sobrevivencia en la Gran Manzana, han establecido barrios en las áreas de Queens, Brooklyn, Bronx y en menor medida en Staten Island, sin embargo, Washington Heights en Manhattan dentro el espacio urbano se erige como capital simbólica para los dominicanos dentro y fuera de Nueva York.

En Washington Heights – Quisqueya Heights, tiene lugar un proceso de apropiación continua, material y simbólica de los lugares y el espacio público: la calle es escenario de pertenencia donde el todo étnico se expresa en y con la piel, en y con el lenguaje, en y con la vestimenta, en y con lo gastronómico, la concentración de elementos que los representan recrean y hacen el (contra) sentido de lo urbano, como un espacio metropolitano (in)migrante.

CUADRO 21. PORCENTAJE DE POBLACIÓN DE ORIGEN LATINO POR DISTRITO EN LA CIUDAD DE NY 2010					
	Bronx	Manhattan	Staten Island	Brooklyn	Queens
Puertorriqueños	39.2%	26.3%	47.4%	35.0%	18.3%
Dominicanos	32.8%	39.6%	3.8%	18.5%	15.3%
Mexicanos	11.7%	10.6%	20.0%	19.5%	14.8%
Ecuatorianos	5.1%	5.4%	5.9%	7.7%	16.6%
Colombianos	0.8%	2.6%	3.2%	2.2%	11.3%
Otros	10.4%	15.5%	19.7%	17.1%	23.7%
Total	100.0%	100.0%	100.0%	100.0%	100.0%

Fuente: *The Latino Population of New York City, 1990-2010*. Latino Data Project. Center for Latin American, Caribbean & Latino Studies (CLACLS). Report 44, November 2011.

¿Es la variable de la concentración la única determinante para definir centros o nodos simbólicos? ¿Por qué en otras áreas y distritos enteros no ocurre con la misma fuerza el fenómeno? En el Bronx, la comunidad dominicana, aún con la variable de la densidad poblacional a su favor, no experimenta la construcción de un centro o subcentro simbólico para su comunidad, de la magnitud que vive en Manhattan. De acuerdo, con los residentes de Quisqueya Heights, debido a que aunque las personas vivan, estudien e incluso trabajen en el área del Bronx, siguen acudiendo a hacer las compras (étnicas), asisten a la iglesia y mantienen vínculos de distintos tipos en el área del Alto Manhattan. El puente Alexander Hamilton, además de conectar a ambos distritos (*boroughs*), se configura como el camino hacia donde se encuentra la identidad dominicana en Nueva York.

A lo largo del periodo del trabajo de campo, las caminatas y los recorridos por el barrio dominicano de Manhattan, se pudo observar la heterogeneidad de perfiles e historias de vida de los dominicanos (in)migrantes. Una tarde, después de terminar un almuerzo de mofongo de pollo en El Malecón, conocí a Manuelito, ambos estábamos parados en una esquina, nos saludamos con un gesto entre amistoso y desconfiado. La esquina del barrio en el contexto de escenarios urbanos con una concentración poblacional alta y que mantienen ciertos rasgos de pobreza y marginalidad, funciona como espacio público-privado en el sentido de que existe una apropiación material y simbólica de este por los jóvenes y adultos habitantes del barrio, y es utilizado como arena tanto social, cultural como de una economía informal e ilegal.

La realidad: vete a Washington Heights, vete a una esquina, hay 20 gentes, 19 son jóvenes dominicanos que no saben dónde rascarse el ombligo y se paran ahí, venden droga, eso la policía lo sabe, pero el problema es que cuando la policía aparece, todos se tiran y aquel tira la droga al piso, nadie sabe de quién es, y entonces les toca hacer buche porque cómo es que vas a decir, ah no, es de Rubencito, ese bulto es de Rubencito, ahora aguántate; y por eso tenemos un montón de jóvenes latinos en la cárcel, que están ahí porque hicieron buche, más nada, o de otra manera, pon a diez muchachos negros o latinos en una esquina y

son una pandilla; pon a diez muchacho blancos en la misa esquina y están de excursión: así es la discriminación (Padre Luis Barrios de la Iglesia de Santa María, New York, 2009).

Pasada la tensión con Manuelito conversamos. Él llegó a los cuatro años de edad con sus padres a Nueva York, con visa y pasaporte, tiene 20 años de edad y recién ingresó a la universidad en uno de los campus de la Universidad de la Ciudad de Nueva York (CUNY), quiere estudiar periodismo, pero también le gusta bailar, por esa razón esa tarde estaba esperando en la esquina a otro par de jóvenes dominicanos con quienes ensaya para una presentación de “música de palos”,<sup>40</sup> en un *nightclub* de la calle 145. La primera vez que hablamos lo hicimos por quince o veinte minutos en la esquina de la Broadway y la 175, días después continuamos la conversación de manera más profunda.

No estoy seguro, yo creo que no estoy...no estoy muy claro de cuándo yo llegué a aquí a Washington Heights, fue chiquitito..., yeah...yeah, si no sé, a los tres o cuatro años, la verdad nunca he como pensando tanto en eso, digo: *here is my home*; aunque como decía la otra tarde, mi mami, mi hermanito y yo nos mudamos hace unos tres años pal' Bronx, porque aquí, ya estábamos... muy básicamente en un apartamento chiquitito y no, conseguir algo más grande por aquí en Manhattan imposible, es *expensive*. Pero yo y mi mami seguimos viniendo pa' acá todos los días, *my friends*, mi novia, el baile, la iglesia todo lo tenemos de éste lado, allá ahora en *Bronx*, si he tratado de tener amigos pero como siempre vengo para Washington Heights, ya tú sabes, aquí lo tenemos todo, pa mi es mi D.R. (Dominican Republic); porque yo si he ido pa Santo Domingo, más chiquito íbamos bastante. Pero era como, era como...eh...era como, mira en términos de la pelota: de baseball, es como eh...(risas) no lo sé explicar bien, pero más o menos era como...como...un *double play*, no sé, soy como bateador que al final saca dos

---

<sup>40</sup> Música, danza o fiesta de palos, de acuerdo Fradique Lizardo -folklorista dominicano al cual me introdujo Iván Domínguez en NY-, es una de las expresiones culturales más significativas de la cultura dominicana en su encuentro con su ancestral raíz africana; también llamada Atabales, Bambulá o Quiyombo, esta tradición se ubica históricamente en el área geográfica de Villa Mella y se ha usado tradicionalmente como parte de los ritos religiosos a tono de percusiones; en el capítulo sexto, se ahondará mucho más sobre el significado para la comunidad dominicana y su re-semantización en el ámbito secular o la mundanización de la música de palos en el contexto de Washington Heights (Tallaj, 2006).

outs, básicamente, so, ganaba o perdía a la vez, mientras estaba allá perdía otro tiempo con amigos aquí y estando allá la pasaba también con los primos y la abuelita, pero luego regresaba y ya no estaban y luego regresas pa' atrás y todo cambió, so, ahora yo que ya estoy más grande, me quedo aquí y trabajo y bailo y salgo a *hangear*<sup>41</sup> o no sé. Mi vida en New York, aquí crecí y no digo que no sea dominicano; pero soy como dicen un *domincanyork* (Manuelito, *Washington Heights*, NY, 2008).

A lo largo del fragmento narrativo de Manuelito, la integración al sistema y al espacio norteamericano en varios ámbitos de la vida cotidiana se expresa de manera enfática; Nueva York se representa como territorio biográfico: geografía personal. En el periodo del trabajo, el sujeto ha experimentado por primera vez movilidad residencial, ya que se mudó de su barrio de la niñez en Washington Heights hacia el Bronx. Sin embargo, se puede ver como mantiene en el área del Alto Manhattan sus redes y referencias espaciales: colegios, supermercados, tiendas de ropa, discos, lugares de entrenamiento; concentra sus actividades que le refieren como parte de la comunidad dominicana en las fronteras étnicas.

Como varios jóvenes del área, Manuelito ocupa las esquinas, las calles y los parques como sus puntos de reunión. Los jóvenes llevan a cabo una apropiación del espacio público en su uso cotidiano, y negocian el sentido de pertenencia atrayendo símbolos que representan la cultura dominicana y atribuyendo a lugares y objetos un significado *ad hoc* a la cultura que les significa.

Por el puente Alexander Hamilton todo el día, toda la noche, todos los días, van y vienen dominicanos del Bronx a Quisqueya Heights. Como ha sucedido con otros espacios y centros simbólicos de la comunidad migrante en los Estados Unidos, el espacio de referencia que se construye en el interior, se trasmite en la oralidad, hasta institucionalizarse y pasado un umbral generacional, no constituye más el sitio residencial preferente por la

---

<sup>41</sup> Anglismo de *hang out*, utilizado mayormente por los jóvenes latinos en Estados Unidos, significa pasar el rato, salir por ahí de paseo, de fiesta, a gastar el tiempo con los amigos en el barrio o la ciudad.

comunidad étnica, sin embargo la presencia migrante no desaparece: tales son los casos de Little Habana en Miami, Pico Union en Los Ángeles, o La Villita en Chicago (Portes y Bach, 1985; Menjívar, 2000; Hamilton y Chinchilla 2003; De Genova, 2005; Narváez, 2007).

Ya sea por la sobresaturación del espacio residencial, el alto costo de la renta habitacional, la sustitución étnica o el sentimiento de estabilidad residencial -adquisición de propiedades-, la movilidad residencial de los dominicanos entre Manhattan y el Bronx, desde finales de la década de 1990 y en los primeros años del 2000 se ha instalado en la dinámica de inserción urbana. Un fuerte contingente de dominicanos habitantes del otro lado del río Harlem -como Manuelito- han incorporado a su vida una nueva dinámica en la cual, Washington Heights toma el papel de “lugar central”, y es ahí donde se desarrolla la vida social, política, cultural y económica de la diáspora dominicana en Nueva York. Mientras para él y otros jóvenes dominicanos, el Alto Manhattan forma parte de su niñez o adolescencia, por el contrario, para los jóvenes recién (in)migrados es un contenedor de nostalgia y ocupa el lugar de la patria dejada inmediatamente atrás (Aparicio, 2006; Torres-Saillant y Hernández, 1998; Grasmuck y Pessar, 1991).

Yo llegué aquí a los Estados Unidos y Nueva York cuando tenía más o menos trece años, en el 98; mi mamá estaba ya estaba en ese proceso desde hace mucho tiempo. De la parte de ella todos estaban en Estados Unidos, uno en Nueva York, otro en California otra en Puerto Rico, y ella quiso traernos aquí, porque es mejor la educación y hay más oportunidades aquí que allá, en Santo Domingo. Decidió traernos aquí a través de un tío, un hermano de ella; venimos primero mi hermana y yo, y luego mi mamá vino. Nosotros vivimos con mis abuelos en la (calle) 184, ahí es como en Santo Domingo siempre hay música todo el día, eso es algo que a mí me gustaba, desde por la mañana, desde por la mañana temprano ya había música y eso es algo que se encuentra en Washington Heights, siempre hay bulla, música de los carros, de las personas, hay tantas tiendas; allá mismo es igual La Juan Pablo Duarte está lleno de vendedores, de tiendas, de personas. Esa parte es esencialmente igual aquí y allá; ahora mismo vivo en el Bronx en un proyecto que consiguió mi madre, y vivo con ella y con mi padrastro desde hace cinco o seis años; ahora pagamos 364 dólares por mes, y eso está más que bien, porque cuando vivíamos en la 180 el alquiler en un lugar más pequeño era de 1000 o más,

tampoco me acuerdo muy bien ahora. Bueno, yo ya estoy viniendo menos para acá, sólo los martes al grupo de música de la iglesia -estoy aprendiendo a tocar el bajo-, porque en domingo voy a la parroquia de San Antonio de Padua en Bronx donde además hago retiros en el Centro Católico Carismático en el ministerio juvenil, so, vengo pa Manhattan a la escuela todos los días, pero mi trabajo y mi casa ahora están en el Bronx; seguro que acá está más rico pero es más difícil conseguir una colocación para una ayuda, es más difícil ser elegible para los proyectos de Manhattan (Wilberto, Washington Heights, NY, 2009).

Después de diez años de residir en Nueva York, Wilberto al igual otros jóvenes (in)migrantes sigue realizando sus actividades sociales en el área (enclave); donde siente comunidad y se identifica con el barrio de sus primeros años en Nueva York. En la narrativa que construye Washington Heights aparece como el sitio donde puede desarrollar por completo su dominicanidad, incluso refiere al Boulevard Juan Pablo Duarte como la avenida central y el eje articulador sobre el que se reproducen las prácticas comerciales urbanas (venta ambulante y callejera de comida) que son características según su recuerdo y percepción del Santo Domingo de su memoria.

Los jóvenes que llegan entre la primera y segunda generación a pesar de que ubican y definen espacialmente su lugar dentro de la ciudad -al haber vivido una parte importante de su socialización como niños adolescentes y jóvenes en *Manhattan* o el *Bronx*-, constantemente -como Wilberto- negocian su sentido y configuraciones de pertenencia, por ejemplo, buscan en las prácticas religiosas, una estrategia para vincularse e integrarse a una comunidad más grande que la “dominicana de *Washington Heights*”, participan en más de un grupo cultural o religioso.

Aquellos (in)migrantes con una trayectoria de migración larga reconocen en el espacio que Washington Heights significa un punto central en el mapa de su historia personal y de su diáspora, re-localizada más allá de las fronteras de su Estado-nación; lo asumen como lugar geográfico y lugar de la historia (De Genova, 2005). Asimismo, entre la idea de simulación y realidad, re-escriben la forma y el fondo de vida y cultura, su dominicanidad se inscribe en un contexto de multiplicidades ilimitadas (Punday, 1998).

Manuelito y Wilberto comparten una época de consolidación (concentración étnica) del enclave o *cluster* cultural dominicano en Manhattan, ambos identifican como símbolo de la diáspora la calle Saint Nicholas, que derivado del esfuerzo, la presencia y la apropiación material, política y simbólica se renombró en el año 2000, del tramo que va de la avenida Amsterdam con la calle 162 hasta la 193 y Fort George Hill, como Juan Pablo Duarte Boulevard.<sup>42</sup>

Mi nombre es Yelidá Méndez, soy dominicana, soy ahora mismo estudiante, y trabajo parte del tiempo después de la escuela, para ayudar con los gastos en mi casa. La decisión de venir yo la veía, porque la mayoría de mi familia por parte de mi madre, viven aquí: entonces solamente era cuestión de tiempo. Cuando yo estaba en primero de bachillerato, yo me imaginé que iba a venir a comenzar la universidad aquí, y ese mismo año, ese mismo año, en primero, me dicen que yo tenía una cita en el consulado y me dan la visa, entonces ahí mismo durante las vacaciones del 2005, yo vine a New York, pero me pareció, o sea, yo no sentí tanto que salí de Santo Domingo, era verano, es decir que yo no conocía el frío aún (de la ciudad), entonces cuando yo iba al colmado, que es el supermercado, yo no sentía la diferencia, porque yo lo pedía en español; yo pensaba antes que cuando viniera todo iba a ser en inglés y las personas no me iban a entender y que iba a haber mucho gringo en la calle, y la realidad no fue así. Es como salir de una parte de Santo Domingo a otra, diferente, mucho más moderna, pero el mismo Santo Domingo, porque tiene las mismas personas (Yelidá Méndez, Washington Heights, NY, 2009).

La segregación étnica impuesta como forma de integración a la comunidad, se observa en los espacios a los que Yelidá se inserta cotidianamente; por ejemplo, en el área, se encuentra una escuela preparatoria del sistema de educación público que imparte todos los cursos de forma bilingüe, a esta, asisten en su mayoría jóvenes recién llegados de

---

<sup>42</sup> Rudolph Giuliani, alcalde de la ciudad de Nueva York en el periodo del año 2000, firmó la ley 659 donde renombra como Juan Pablo Duarte Boulevard a la avenida Saint Nicholas; esta iniciativa fue promovida por los concejales Linares, Berman, Carrión, Clarke y Querido; Guillermo Linares uno de los promotores de esta ley, fue el primer dominicano en la junta de la ciudad y actual Comisionado de Asuntos Migratorios de la Alcaldía de Nueva York; de la década de 1990 a la actualidad en la asamblea local y en otros cargos públicos se ha desarrollado el juego político de la comunidad dominicana en Nueva York.

República Dominicana a Nueva York. La joven (in)migrante, como recién llegada (*newcomer*), en este esquema de incorporación, restringe su vida y acción social al área donde se concentran los dominicanos en Nueva York; su itinerario espacial cotidiano podría sintetizarse en la ruta: -casa-escuela-trabajo-casa- en un radio de interacción acotado a las fronteras de Washington Heights que dibujan los límites de la pequeña República Dominicana.

No me sentí como en una tierra muy lejana o por el estilo, sino que en una ciudad moderna, pero allá mismo; yo llegué a Washington Heights a la 159, que es donde yo vivo. Entonces los edificios me impresionaron eh, cuantos edificios hay aquí, no hay ni una casa, no hay mar, y me impresionó también en que eran como de madera y yo siempre pensé que las casas de madera eran las que no son modernas, y ¡dónde están las casas de block con cemento! y ese tipo de cosas. Y el piso de mi casa, a mí que me gusta trapear, es el único oficio que me gusta hacer, porque me gusta hacer mojadero y echar mucha agua en la casa y ese tipo de cosas. Entonces cuando yo vengo aquí, que veo que el piso es de madera, que cuando yo comienzo a trapear yo oigo el agua así y mi mami gritando: -¡Ay muchacha, que dañas el piso!-. Eso fue tremendo para mí, ese fue un cambio bien grande (Yelidá Méndez, Washington Heights, NY, 2009).

La madre<sup>43</sup> de Yelidá llegó a Nueva York siete años antes que su hija. Yelidá se crió en Santo Domingo alrededor de la figura de su padre y una madrastra. En su narrativa se observan fracturas familiares que configuran otros modelos de familia, sustentados no, en la idea de familia nuclear, sino en la familia extensa como red de apoyo solidario que representa sumado al modelo de familias matrifocales, el eje que sustenta las nuevas formas de organizar la unidad familiar.

Yo llegué... deje me recuerdo, fue noviembre 10 del 2005; yo estuve esperando el visado desde... imagine desde los 4 años me pidió una tía y un tío y hasta los 15

---

<sup>43</sup> De acuerdo al censo del año 2000 en los Estados Unidos más de 50% de la población de la diáspora dominicana es del sexo femenino, a pesar de la notoria feminización de la (in)migración y los mercados de trabajo globales, esto no hace ni significa un escenario de inclusión e igualdad, según los datos del Censo Estadounidense para el año 2000, el ingreso promedio anual de una mujer dominicana en el área de la ciudad de Nueva York era de US\$11,371, comparado con US\$15,139 para los hombres dominicanos.

años me dieron el visado a mi hermana, a mi mamá y a mí; la primera vez que pisé esta tierra, yo me imaginaba una cosa increíble, una odisea, llena de cosas que tú nunca has visto en tu vida. Allá en Santo Domingo te dicen cosas que no son, dicen allá en Estados Unidos, Nueva York es lo máximo encuentras dinero en la calle, cinco dólares en la calle, allá tienes dinero por todos lados, ¿tú me entiendes? Tú no puedes creer hasta que no lo veas, entonces yo tenía esa noción, esa emoción de allá: ¡Nueva York lo máximo!, y ya... Ya cuando estás aquí luego te das cuenta que es totalmente diferente, aunque estaba emocionado: “excited, guauuu,” yo pensaba: ya voy a conocer, voy a volar de mi raíz, voy a conocer gente nueva, indagar nuevos horizontes todas esas cosas; yo soy dominicano y nací en mi tierra dominicana: en Montecristi, una región al norte de la ciudad, para el Cibao, nací en un campito... se llama Castañuela Montecristi. Estoy orgulloso de nacer allá: de pura sepa como dice la canción. Pero ahora pienso que ya no me gusta Santo Domingo, bueno, no que no me gusta, sino estoy adaptado a Nueva York. (Herman, Washington Heights, NY, 2009).

Yelidá y Herman, ambos pertenecen a una generación de (in)migración reciente que motivada por el factor de la reunificación familiar, con un trayectoria no mayor a los cinco años de establecimiento en Nueva York, encuentran en Washington Heights un espacio de confort y familiaridad social y cultural. Formas y motivos de establecimiento en el área o territorio urbano, reunificación familiar y redes que atraen a los mismos puntos residenciales, lo que lleva a generar concentraciones poblacionales de inmigrantes, que a su vez forman los enclaves étnicos, las concentraciones étnicas y propician esquemas de segregación al interior o al exterior del colectivo urbano

Los jóvenes (in)migrantes habitantes y usuarios actuales de espacio que delimita y define el área de Washington Heights, comprenden y construyen el sentido de pertenencia en la cotidianidad; la bulla, la música, el colmado o la bodega, los salones de belleza, la extensión del espacio privado al espacio público crean la dinámica y presencia del barrio latinoamericano en la ciudad global.

Y la verdad es que aunque mis primeros años acá fue difíciles, mi primer año aquí mi mamá no me dejaba salir: -que el tigueraje, que si la droga, que si los morenos, que si no o que si cuanto-, se te mete en la mente y te da miedo como adolescente, pero yo quería salir con amigos, hacer algo, *hanguear*; ¿Entiendes? Difícil, si difícil,

porque mire, desde el principio: yo llegué de noche en avión, nunca había subido a un avión, estaba asustado, llegué aquí a Nueva York: al JFK aeropuerto... y me recogió mi tía con un primo y me pusieron un *coat*, un *jacket*, yo no sabía que era un *coat* y nos fuimos pa la casa de mi tía, acá en Manhattan en la 156, pero cuando vi la casa de mi tía, cuando yo entré: -¿qué pasa?- dije, -coño aquí viven en una casita, como una cajita, cómo pueden vivir aquí-, así tan estrecha, en la cocina apenas cabe una persona. (Herman, Washington Heights, NY, 2009).

En el uso, la comunidad dominicana practica una apropiación espacial que pasa por lo sociocultural y lo político: el comercio étnico en las aceras representa -cultural, económica y políticamente- a un colectivo que se ha organizado alrededor de los símbolos que expresan su identidad nacional y la calle se vuelve escenario de la interrelación, el encuentro social y el intercambio al interior y al exterior de la comunidad (Borja, 2003; Castells, 2001; Ortíz, 2006).

Como iba diciendo las primeras dos semanas me fueron difícil, yo no conocía (..) pero el ser humano se adapta a todo, cosas que te gustan, tú aprendes de la cultura diferente, te sales de tu mundo y te introduces en otro, en mi segundo año de la escuela formamos un grupo y escribimos una canción del (in)migrante. Si quieres te canto una líricas, la canción se llama Washington Heights: “cuando yo voy caminando, por mi Washington Heights, llega gente que me dice: ¿qué es lo que hay?” ...“Washington Heights, es la ciudad que no duerme, el barrio que no duerme, mucho dominicano, yo por eso cuando vine aquí, ya sabía donde estaba, yo llegué de noche, veía todas las luces allí, llena de cosas y al otro día -¿esta porquería? ¿qué es esto?- hacia frío, mucho graffiti como es el país del graffiti y todo eso; pero bueno, aquí me gusta más que downtown, porque es mi gente, mi cultura” (Herman, Washington Heights, NY, 2009).

Entre los usos sociales del espacio urbano -residencial, cultural, laboral- como lugar abstracto y genérico, Nueva York, para la diáspora dominicana se convierte fragmentariamente en el espacio geográfico, en el cual viven y transforman la experiencia cotidiana. Mientras en la parte sur y centro de la isla su uso lo limitan a la movilidad y la inserción laboral, en su parte norte, sus acciones la humanizan y la cubren de contenidos y significados.

Siguiendo a Rose (1995) y Massey (1995), los jóvenes (in)migrantes de

primera, intermedia o segunda generación a través de la experiencia de vida dentro del fronteras que delimita el barrio de Washington Heights subjetivizan los contenidos y la intensidad de la metrópoli en un proceso casi metabólico donde ser *capitaleño*, *cibaeño* o *dominicanyork* se resignifican en construcciones individuales, identitarias o identificatorias: el *bus* del Metropolitan Transportation Authority (MTA), se convierte en *guagua*, el idioma *block* tras *block* se latinoamericaniza: las voces -mientras recorre el *bus* o la *guagua* hacia el norte de la isla- se confunden menos con el inglés de los blancos o los negros del Harlem, y resuena en cambio un fraseo merengüero y bachatero que inunda el ambiente de ese lugar específico que ocupa Washington Heights en la isla y las vidas de los dominicanos.

En su narrativa, Herman busca con urgencia dispositivos de pertenencia que lo ancle y le incorpore a la nueva frontera y contexto espacial, contradictoriamente busca en Nueva York un Santo Domingo más allá de la metáfora de la modernidad; niega su “campito” y se deja llevar por lo que la urbe de hierro le ofrece a su juventud. Rodeado por peligros materiales y miedos personales, en su geografía individual sacraliza al barrio como el territorio de pertenencia sobre el que descarga sus sentimientos, percepciones, deseos y necesidades, y en el que la memoria transcurre como presente y traduce los símbolos y las acciones en códigos que apropian un territorio de lo abstracto a lo material (Lindón, Aguilar y Hernaux, 2006).

En los recorridos y la observación etnográfica en el área, la voz de Jovanny Polanco y Toño Rosario (músicos de la República Dominicana) envuelven las sonrisas de las mujeres dominicanas cantando “Dominicano soy” mientras andan sobre las calles de Washington Heights.

De la casa al colmado, del apartamento a la factoría, aparece una segregación cultural autorepresentada. La movilidad al interior de la urbe se hace y se convierte en una obligación que impone la ciudad global y los mercados de trabajo diferenciados. La concentración étnica es el atributo territorial que les significa como presencia en una ciudad donde de facto, la diversidad y la interacción que implica, son regla y por lo tanto, el lugar espacial, social, político y cultural se disputan día y noche.

Entre *perico ripiado* y *reguetón*, la generación de jóvenes (in)migrantes desarrollan un mundo de vida que al contrario de materializarse como pérdida de la raíz cultural y la historia, permiten el arraigo al nuevo territorio a medida que transcurre el tiempo de llegada a la nueva sociedad: en un proceso dinámico, cambiante y no lineal.

En la primera década del siglo XXI se ha diversificado y expandido a fuerza de la gentrificación y la sobredemanda del suelo urbano el área del centro simbólico y material de la comunidad dominicana de Nueva York.

La dispersión étnica, derivada de factores económicos, estatus migratorio, redes sociales y acceso económico a una vivienda ha empujado a la población dominicana a extender su residencia hacia otros distritos de la ciudad, sin embargo, y en contra de la tendencia, la vitalidad del área como centro cultural sigue siendo parte de la historia familiar de la diáspora. Corrientes van, corrientes vienen: el espacio comunica y expresa el intercambio social; en la interacción social se concibe una forma de hacer comunidad: pertenecer y apropiarse el territorio.

### **4.3 La aparición de *Little Mexico*: una dispersión dinámica**

La historia de El Barrio en el East Harlem, se remonta a la década de 1950 cuando una primera ola de (in)migrantes provenientes de Puerto Rico arribó a la Gran Manzana. No resulta extraño que hayan escogido esta área para establecerse, ya que, el East Harlem previo a recibir los contingentes de (in)migrantes latinos, era ya escenario de una comunidad multicultural: primero, dicen fueron los judíos, seguidos de los europeos del Este y en algún momento se convirtió en un enclave italiano.

José Juan Tablada (poeta mexicano) vivió por más de treinta años en la ciudad de Nueva York, murió en el año de 1945. En 1936 en el periódico *Excélsior* publicó su texto titulado: "México en Harlem".<sup>44</sup> Ahí, narra la historia de Ramón Cota alias el Barba azul azteca, quien fuera al ojo público uno de

---

<sup>44</sup> *Excélsior*, México en Harlem, año XX, tomo V (7117), 10 oct. 1936, 1ª sección: 5.

los primeros personajes mexicanos del Harlem hispano de finales de los años de 1930. Tablada dibuja un hombre lejano al estereotipo del mexicano inmigrante de la primera mitad del siglo XX. El tal Ramón Cota, hombre de encantos y fines oscuros, enamorado profesional de rubias y bailarín de swing, poco tiene que ver con la imagen que 50 años después habitaría esa zona de Manhattan descrita por Tablada como “pigmentada de prieto por afroamericanos y puertorriqueños atorrantes”. “Si la gloria es humo...” dice Tablada “los mexicanos glorificaron a Harlem a humazos de marihuana”, ya que cuenta la historia, hubo un grupo (de mexicanos) que logró plantar y cosechar -en el corazón del Central Park- la hierba que pasaba aún por cizaña pero que volvía loco al que la fumaba. De ahí que “caras pálidas, pieles-rojas y rostros prietos, tienden en ese humo el arco iris del más soez entre los paraísos artificiales”. Aunque al final del relato, resulte que Barba Azul Azteca, era la ficción de un tal Orby Hethcoat de Alabama que pensaba que el hacerse pasar por mexicano “viste mucho y hace el pie chiquito” en un Harlem que figura como la Corte de los milagros; sin saberlo, Tablada narró con ingenuidad profética, sobre un paisaje de un “Little Mexico” aún inexistente y deshabitado. Su prosa trazó la brecha invisible por la que hoy andan cientos de miles (in)migrantes mexicanos en lo que se conoce como El Barrio o el Spanish Harlem.

En *Barrio Dreams*, Dávila (2004) evoca ideas de la obra de Ernesto Quiñonez, quien plasmó en su personaje principal de *Bodega Dreams*, la génesis del puertorriqueño y del latino de Nueva York. Ambos autores, desde la antropología y la literatura reconstruyen el sentido -la pertenencia- del Harlem hispano fundado en el Este de la isla de Manhattan; definido como la frontera entre lo blanco y lo negro; el intersticio racial, la morenización o latinización del área, la cual se vislumbra en los límites que van de la calle 96 a la 142, entre la Quinta Avenida y Río Este.<sup>45</sup> Sin disimulo, la ciudad de Nueva York marca fronteras étnicas donde la diferenciación racial impone

---

<sup>45</sup> La delimitación del área que se menciona en la narración es construida a partir de la observación del investigador y coincidente con lo que otros estudios en el área han definido como las fronteras del East Harlem.

más allá del color de piel: el movimiento, la presencia y la vitalidad de la metrópoli se expresa entre otras cosas en su segmentación socio-espacial (Dávila, 2004).

El inicio de la década de 1990 vio transformarse al *East Harlem*: el *ghetto* omnipresente y familiar “*crowded and angry at paying rent for boxes that resemble prison cells*” (Quiñonez, 2000: 70), comenzó paulatinamente a cambiar de rostro. Dávila, cita una nota del *Daily News*: “El Barrio, menos bacalao y más chile” (Dávila, 2004: 153), y es que en el censo del 2000 se expresó lo que sin posicionarlo en la agenda pública se venía anunciando: los mexicanos eran el grupo con la tasa de crecimiento más alta de todo el paisaje étnico de la ciudad de Nueva York. La calle 116 o Luis Muñoz Marín Ortiz y sus intersecciones escenifican una espacialización vivida como producto del movimiento migratorio y su expresión al interior de la metrópolis.

Sobre la cultura de la pobreza y la marginación (Bourgois, 2003), la literatura y las ciencias sociales han establecido un vínculo de análisis y experimentación -intervención- con la cultura del *ghetto*, proyectos habitacionales de bajo ingreso y ayuda pública, exposición constante al crimen y las drogas, así como el decaimiento urbano forman la imagen arquetípica de la “*island within the city*” (Dávila, 2004: 6).

Una isla dentro la ciudad, imaginación hacia adentro. Bourgois (2003), en medio de donde habitan aquellos para los que no hay vida sin respeto, analiza la economía subterránea que Nueva York vio crecer, sustentada en la distribución de drogas, hacia el final de los años ochenta. Si un día Santana personaje del filme “*American Me*” dijo: “la cocaína es la taza de café de los americanos”, la llegada del crack a la ciudad de Nueva York sobrepasó el dicho y más bien llegó a romper todo orden al interior del *ghetto*, ser parte de la cadena de distribución -desde niños hasta adultos-, era ser parte de una red de seguridad, prestigio y marginalmente de ascenso social.

En un contexto de inseguridad económica e incertidumbre, el Spanish Harlem o El Barrio fue espacio de disputas y luchas entre migrantes y no migrantes de origen compartido, ahí las muertes igual que la solidaridad de la calle marcan la diferencia entre ser sólo habitante (en lo individual) o ser

parte de una comunidad que demanda igualdad aunque sea desde un marco de comprensión totalmente distante al *establishment*: el crimen (Bourgois, 1993, 2003).

Quiñonez (2000) narra, “this neighborhood will be lost unless we make it ours”, su personaje desde el umbral dicotómico de la inclusión y la exclusión crea un discurso del (in)migrante desde la demanda de la apropiación del espacio como argumento de la representación de comunidad latina frente a lo global del anglosajón, es decir, hacia la búsqueda del derecho del ideal de igualdades y empoderamientos múltiples. Tanto en la obra *Bodega Dreams* como en *Barrio Dreams*, Quiñonez y Dávila narran respectivamente, las anécdotas de lucha por el reconocimiento de la comunidad puertorriqueña, en el Harlem de principios del siglo XXI.

Las formas y los usos que adquiere el espacio urbano para una comunidad que vive a modo de enclaustramiento su cultura al interior de las fronteras impuestas e invisibles, se expresan en la configuración y poética de los nuyorican poets: Miguel Piñero<sup>46</sup> (1946-1988) desde el cielo de Manhattan observado desde los rufos<sup>47</sup> de un proyecto habitacional de El Barrio recita: “...seekin' a Cause/ he was dead on arrival/ he never really Lived/ uptown...downtown...crosstown/ body was round all over town/ seekin' the Cause...”; en sus versos, retrotrae un análisis literario y experiencial o vivido del territorio. De esta manera se observa la extensión o ampliación de los espacios privados hacia el exterior, sintetizando la experiencia territorial en el medio urbano de la población latina que en contraste de las dinámicas que se observan en barrios de población blanca anglosajona, ventila y expresa la toma o apropiación material y simbólica de la calle, la esquina, el parque público, la bodega (o supermercado), el restaurante, el tejado o azoteas, el proyecto habitacional, la botánica, entre otros.

La experiencia de ocupación u apropiación urbana vivida por los (in)migrantes latinoamericanos previa a la llegada de la población de origen

---

<sup>46</sup> Miguel Piñero, interpretado por Benjamin Pratt en la cinta del mismo nombre filmada en Nueva York en el año del 2001.

<sup>47</sup> Rufo expresión del spanglish resulta de la derivación sintáctica del roof-techo.

mexicano, tal como Quiñonez (2000) y Dávila (2004) la analizan, se caracteriza por la ubicación y concentración de la población que hace la comunidad de estudio. En el caso de los Little Mexicos, la experiencia de ocupación y apropiación no pasa, necesariamente por sólo un lugar o nodo de concentración poblacional. El crecimiento exponencial y el establecimiento de los (in)migrantes de origen mexicano, ha seguido patrones diferenciados que le han permitido tener presencia, aunque no a manera de enclave mayor, si como pequeños nodos o subcentros de establecimiento urbano (residencial y comercial).

De acuerdo con los datos del *Latin Data Project*, la población de origen mexicano creció del 2000 al 2010 alrededor del 83% distribuyendo su población a lo largo de los cinco distritos de la ciudad de Nueva York. De mantener este crecimiento, y aunado al continuo arribo de nuevas generaciones de migrantes provenientes de México, en un par de décadas serían la minoría latina más numerosa de la ciudad de Nueva York, y seguramente con importantes nodos y subcentros de concentración residencial y comercial de tipo étnico.

Para el análisis y la narrativa de esta investigación, El Barrio se configura metodológicamente como el centro simbólico para la población mexicana. Sin embargo, las trayectorias espaciales que se desenvuelven a lo largo de este territorio y los discursos y narrativas recogidas en el trabajo de campo, inscriben el análisis en más de un lugar y nodo en la geografía neoyorquina, es decir, se recorre necesariamente más de un Little México enclavado alrededor de la ciudad global.

Sobre la calle 116 de El Barrio en una marquesina neón se lee: “La Sombra Records”, en el aparador luce una imagen de la Santa Muerte -de un metro de altura- que parece que vigila con una expresión profunda y oscura los destinos de los (in)migrantes, y también un sin fin de Vírgenes de Guadalupe, aquí me encontraré con Marcial, a quien conocí en una de las recorridos cruzando el Central Park. Son las 11:00 de la mañana, mientras espero, entro a la tienda detrás del aparador, el establecimiento es lo que algunos han definido como del “mercado de la nostalgia” (Rumbaut, 1996;

Rumbaut y Portes, 2001), se vende desde micro-imitaciones de vasijas prehispánicas, vírgenes de todos los tamaños y materiales, camisetas de equipos mexicanos y regionales de fútbol y hasta el más reciente video de los jaripeos o los rodeos que se practican en los pueblos de algunos estados como Guerrero, Oaxaca y Puebla. El encargado me explica que se trata de una tienda que además de vender discos y videos se especializa en todo tipo de productos de origen mexicano; este como otros espacios está orientado a perpetuar la cultura entre las primeras, segundas y generaciones intermedias de mexicanos nacidos dentro o fuera de Estados Unidos. Unos minutos después de las 11:45, me percaté que Marcial no aparecerá, salgo del local, me dirijo al restaurante de la esquina y pido un café. Dos jóvenes mexicanos - Ángel y Manuel- que almuerzan antes de partir al trabajo, me comparten un lugar en su mesa y me vuelvo testigo de su plática:

Yo vivo en *Bronx*, vengo a este cafecito desde hace como ocho años, un señor que trabajó conmigo me trajo aquí con la señora y por eso vengo para acá, la señora guisa rico... La primera vez que vine aquí yo venía llegando apenas tenía 15 años y era lavaplatos, ahora soy ensaladero, ya llevo más de 3 años en mi trabajo, está bien aunque a veces la dueña, la doña se pone más de malas y te grita: tú tienes que saber hacer tu trabajo, y entonces uno debe decir: sí, la regué, discúlpame, porque si me pongo a discutir, es peor; ¿quién gana? ¿Tú o la dueña? ¿Para qué te pones a discutir?, nomás se enoja más. He tenido otros trabajos una vez en un restaurante italiano, pero ahí el problema era que trabajaba un chingo de familia... Yo soy de Atlixco, Puebla.

Yo soy de Oaxaca pero siempre viví en Acapulco, y siempre he trabajado en restaurante. Cuando llegué, fui con un primo aquí en la *Canal Street* y le dije: "dame un chance para trabajar", Me dijo, "pero yo no recomiendo a nadie, luego quedan mal y uno queda mal, has de cuenta, ahí están solicitando, ve pero no digas que yo te recomendé, ve "anónimo", y me quedé, ya tiene cinco años que estoy trabajando ahí con un señor, pagan buena feria.

(Plática de Ángel y Manuel, El Barrio, NY, 2008)

En la narrativa, ambos mexicanos (jóvenes de no más de 25 años) se

encuentran en el restaurante en el área de El Barrio, porque es el espacio que contiene el significado de la concentración comercial étnica, y denota la dispersión residencial étnica y el sentido de pertenencia en formación. El reconocimiento de El Barrio-Harlem como un espacio público familiar, lugar central simbólico, donde las redes de parentesco son el puente para la inserción social y territorial, se ha configurado desde la posición que le han dado los pares (in)migrantes -familiares, conocidos o redes de origen compartido-.

Desde la década de 1980, El Barrio a pesar de no ser el área de mayor concentración residencial de mexicanos en la ciudad, se ha configurado como un corazón simbólico de los mexicanos (in)migrantes en la ciudad, ya sea por su localización estratégica, su historia o reconocimiento de “El barrio latino de Nueva York”. Si bien es cierto, que Brooklyn ha concentrado desde la década de 1990 a la actualidad en promedio el 30% de la población mexicana,<sup>48</sup> la dinámica que transcurre párrafos arriba, ilustra bien la posición que enmarca a El Barrio como lugar central en el tránsito urbano y el itinerario cotidiano del (in)migrante mexicano que no habita en el distrito. Sin embargo, en medio de la isla de Manhattan encuentra un lugar socialmente instituido por la comunidad (in)migrante que aprovechando las condiciones marginales o decaimiento urbano del área que se vivía a principios de los noventa, instala sus residencias y un nicho comercial y laboral étnico.

La plática de Ángel y Manuel evoca la deslocalización o la fragmentación de su tiempo y su espacio. Narran sobre un “estar físicamente” como migrante en Nueva York, haciendo conciencia de su espacio, su temporalidad, su trayectoria y su jerarquía laboral, pero crean una elipsis temporal, volcando su narrativa en el origen, la tierra, los compadrazgos, los pendientes y asuntos familiares: episodios de un retorno imaginario donde parece que la mesa en la que están departiendo y el techo que los resguarda es otro, uno muy lejano de los rascacielos de la Gran Manzana (Valenzuela,

---

<sup>48</sup> Uno de los estudios pioneros de migrantes mexicanos en Nueva York: Mexican New York, (Smith, 2006) se desarrolla con la comunidad originaria de Chinantla, Puebla asentados en el distrito de Brooklyn, Nueva York.

1999).

Entre el año 2000 y 2010 incrementó el porcentaje de mexicanos nacidos en alguno d los distritos de Nueva York pasaron de 59,246 a 145,331 nacimientos (Latin Data Project). Las nuevas generaciones de mexicanos recién llegados, se instalan en los diferentes barrios irrumpiendo y circunscribiendo nuevas formas de “estar” o hacer presencia; sobre las aceras y debajo de ellas. En las estaciones del metro se les ve participando de la dinámica económica y cultural neoyorquina, andan, pasean y trabajan con la guitarra, el sombrero y el acordeón en mano, con la misma familiaridad que lo hace un *afroamericano* que sube al tren con un par de tambores a tocar percusiones y a cantar. Las imágenes de un grupo musical norteño en los vagones del metro de Nueva York no tardan en formar parte del repertorio cultural e incluso cinematográfico que narra la ciudad.

CUADRO 22. DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN MEXICANA NACIDA Y NO NACIDA EN NY POR DISTRITO EN 2010			
	No nacidos	Nacidos	Población total
Bronx	34,883	53,362	88,245
Manhattan	21,009	22,757	43,766
Staten Island	8,309	7,745	16,054
Brooklyn	45,648	55,885	101,533
Queens	35,482	57,619	93,101
Total	145,331	197,368	342,699

Fuente: *The Latino Population of New York City, 1990-2010*. Latino Data Project. Center for Latin American, Caribbean & Latino Studies (CLACLS). Report 44, November 2011.

En un periódico hispano del año del 2003 se lee la noticia sobre la fundación de la primera organización de mujeres vendedoras ambulantes de Nueva York: Esperanza del Barrio. Dicha organización se localiza entre las calles 117 y 2da Avenida, a unos cuantos metros del mural Zapatista del Harlem en Nueva York, que sumado a la imagen pintada de la Virgen de

Guadalupe del mismo mural se ha vuelto un símbolo y patrimonio de la presencia (in)migrante mexicana.

El trabajo ambulante o el comercio ambulante, como apropiación del espacio a través del autoempleo en la vía pública, no sólo se materializa y concibe como una estrategia económica sino de presión y presencia étnica: la calle, la acera o el parque son el escenario que representa el dinamismo y la pertenencia de la comunidad.

A mitad de la tarde, entrando la noche, es cuando se puede ubicar a las mujeres y a los jóvenes que participan de las organizaciones de Nueva York. La jornada laboral en la venta ambulante u otros trabajos como el de construcción culminan y las reuniones en la organización comienzan. Esperanza del Barrio es una metáfora del empoderamiento territorial, social, político y cultural de la mujer (in)migrante. La creación de dicha organización no es un acto aislado al todo social circunscrito al área de El Barrio, previamente organizaciones como HOPE e instituciones como el Museo del Barrio, el Centro Cultural Latino Julia de Burgos, han construido y llevado a las bases de los diversos grupos étnicos que conviven en el lugar, el concepto de “comunidad”.<sup>49</sup>

La importancia y el significado la organización Esperanza del Barrio para la comunidad mexicana de Nueva York radica en su poder para visibilizar la presencia de las (in)migrantes mexicanas en la economía informal de la ciudad, además sirve para desanclar de los márgenes del sistema jurídico a los miembros, -muchas y muchos de los representados viven y trabajan como indocumentados- ya que los asociados han adquirido personalidad jurídica ante el Distrito de Manhattan. Previo al 2003 todos los vendedores y trabajadores ambulantes o street vendedores de origen mexicano se encontraban fuera de los registros laborales de la ciudad, actualmente pueden acceder a una credencial que les permite vender con libertad sus productos en la vía pública. Del total de ambulantes, una

---

<sup>49</sup> Alrededor de las organizaciones y las institucionales locales y de base, nuevas y viejas generaciones de (in)migrantes se congregan, aprenden, comparten y reproducen su cultura e incluso un nuevo mestizaje (in)migratorio.

proporción importante son mujeres las que conforman el gremio -sea vendiendo elotes, tamales, cocteles de fruta, aguas frescas, chicharrones, atoles u otros productos hechos de manera casera- ya que el autoemplearse les permite como madres de familia desarrollar simultáneamente de jefa de hogar y ama de casa (Dávila, 2004).

Helena, una mujer de voz rasposa, serena y agradable, me recibió una tarde a la puerta de la oficina de Esperanza del Barrio. Mexicana, madre y vendedora ambulante en Nueva York, ingresó a la organización tres años atrás. Es originaria del estado de Guerrero de la región de la Costa Chica. Ella narra que fue a raíz de una serie de abusos policiales contra mujeres vendedoras que una compañera comerciante comenzó una movilización para enfrentar a las autoridades que “injustamente las llevaban presas y les tiraban la mercancía -tamales por ejemplo- a las vendedoras”. “Había que agarrar valor” dice Helena.

La señora Lidia Callejas es la líder la organización y quien emprendió en un principio el proyecto de Esperanza del Barrio con el fin de obtener licencias bajo la ley 491-A, la cual permite obtener una licencia de comerciante ambulante sin necesidad de probar la residencia legal. Dicha acción de la líder de la organización, además del contenido político que construyó, generó una apropiación material y simbólica del espacio público de la ciudad. Con la licencia para comercializar productos caseros en la vía pública, mujeres como Helena, pueden llevar su mercancía al Central Park, donde los mexicanos por las tardes del verano organizan la liga de fútbol de El Barrio. Aunque Helena, así como otras trabajadoras no son residentes del East Harlem e incluso de Manhattan, todos los días llevan a cabo su trabajo en algún área de la isla.

Mientras converso con Helena, otra mujer se interesa por conversar, Felicia, señora mexicana comerciante ambulante miembro de la organización Esperanza:

Yo trabajé en factorías, pero después me quedé sola con mis hijos, mi esposo se fue, yo me quedé aquí en NY, pero con la delincuencia, la vagancia, las calles no son seguras para los hijos, entonces, vi la manera de vender en la calle y así poder

tener a mis hijos en casa, yo atenderlos y verlos. Tengo una hija de 18 años que va a tener un bebé de quién sabe qué fulano, yo estuve trabajando en factorías, pero en factoría uno se va desde las siete de la mañana hasta las siete de la noche, entonces, mi manera de pensar, fue que yo podía tener a mis hijos en la escuela y yo irme a vender en cuanto ellos están en la escuela, y ya cuando yo regresaba ya mis hijos ya estaban en mi casa y no temería que ellos estuvieran en la calle, así estarían siempre a la vista mía, ¿no? Fue esa la opción que tomé, tirarme a la calle a vender cosas: tamales oaxaqueños (Felicía, El Barrio, NY, 2008).

Dávila (2004) en su análisis de las dinámicas y estrategias de la comunidad latina del Harlem, señala cierta ausencia mexicana al interior de los procesos del desarrollo local de la comunidad, para ella, la primera generación de migrantes mexicanos, no se ha involucrado lo suficiente en las reuniones de la junta de la comunidad o el *Community Board Meetings*, en las audiencias públicas o los debates electorales debido, entre otras variables, a una disputa al interior de la comunidad que viven entre el asimilarse o privilegiar las políticas de vida transnacional (Dávila, 2004: 160; Hernández, 2003).

Felicía lleva 13 años viviendo dentro de las fronteras de El Barrio, a la pregunta -¿y le gusta vivir aquí?-, contesta riendo “no, yo tengo mi casa en Puebla, aquí hay personas que.....y no somos gratas para ellos”. Para Felicia, Nueva York se volvió su casa -aún no lo considera su hogar- contrario a su voluntad; llegó a la ciudad buscando a su marido que había migrado previamente a la ciudad; lo encontró, después mandó por los hijos; al final, el marido desapareció y ella empezó una vida como jefa de familia. Sus hijos, cuenta la mujer, no quieren volver a México; su hija menor, Melisa quien a los 20 años está cursando el grado de asociado en un College y colabora con Esperanza del Barrio en el programa de jóvenes, no sabe a qué regresar a México, aunque no tiene residencia legal, para ella, en Nueva York y El Barrio están los cimientos de su memoria y de su presente.

En el imaginario de Melisa, su madre como vendedora ambulante urbana ha enriquecido con los tamales callejeros, el menú de la ciudad, es parte de la nueva historia de la ciudad -integrado por los carritos callejeros de *pretzels*, plátanos fritos, *kebabs*, *slices* de pizza, *hot sausage*-. Su imaginario

ha contribuido en el diseño de sí misma georeferenciando una serie de símbolos que le sirven para trazar sus fronteras -físicas y semióticas- de pertenencia: sentidos de identidad delimitados territorialmente por sistemas simbólicos que se representan socialmente a partir mecanismos de percepción, imágenes, acciones, nociones, sentidos y sentimientos que orgánicamente modelan una realidad para sí misma y para el grupo, expresando en la mismidad de la ciudad, un “yo urbano”, consciente de su adscripción y sus horizontes relacionales reafirmados en un espacio, lugar y territorio de similitudes y diferencias (Guerrero, 2002).

El Barrio, y los barrios de (in)migrantes como territorio, son arena de disputas sociales inter e intraraciales (Bourgois, 2003). Helena, quien residió en El Barrio en la frontera con el West Harlem, cuenta:

Yo viví por aquí por la 109, pero habían muchos morenos (afroamericanos y puertorriqueños), pues no, no, no estaban de acuerdo que nosotros viviéramos ahí, yo dije, yo estoy pagando mi renta, dije pues voy a estar aquí, pero me puse a pensar: no vayan a pegarle alguno de mis hijos, mejor me moví a Queens, pero después me subí al Alto Manhattan... ahora vivo en la 180 entre los dominicanos y la habichuela con dulce... la verdad, creo que lo más difícil es a mi manera de vivir, la vivienda, aquí no hay patio, ni corredor, no se puede salir a tomar el sol, aquí los pobres sofás pagan con el pato, -párate chamaco, siéntate chamaco, y ¿cómo?-, si los pobres niños tienen energía, dónde más van si viven encerrados; y cuando crecen es cuando es difícil mantener a los hijos en la casa, a ellos les gusta, andan en la calle, conocen amigos, a veces andan en malos pasos, andan en gangas, andan en drogas, el gran problema es el pandillerismo (Helena, El Barrio, NY, 2008).

En la narrativa de los (in)migrantes jóvenes y adultos residentes de El Barrio la violencia aparece en la formas cotidianas de socialización; en este sentido, los adultos, madres y padres de familia toman conciencia tempranamente en su proceso de inserción a la metrópoli como una ruptura; fragmentaciones de sentido que de manera abrupta alojan otros significados; de manera que los objetos que se presencian y son utilizados cotidianamente en sustancia pueden ser los mismos, pero contextual y culturalmente son resemantizados, en la ciudades de (in)migrantes.

El cambio se anuncia visiblemente, es gráfico y evidente, la transformación de todas las dimensiones espaciales en la (in)migración son intervenidas (Dávila, 2005; Valenzuela, 1999; Kasinitz *et al.*, 2008). Los vecindarios o barrios latinizados a lo largo del mapa neoyorquino disputan permanentemente, disputas étnicas que rebasan el concepto acotado de lo latino, superponen la etnicidad o la nacionalidad sobre el todo folkore, comida, usos del espacio, y tradición latinoamericana, *ya sea*, en El Barrio o el Washington Heights. La subjetividad del (in)migrante, su origen, su lengua, su acento, su apariencia, su vestimenta, sus prácticas o sus creencias, son de acuerdo con Kasinitz *et al.* (2008), las piezas del rompecabezas de etnicidades urbanas no resueltas, no ensambladas en la ciudad Nueva York, donde puertorriqueño *versus* latino *versus* mexicano *versus* dominicano *versus* negro *versus* los otros, habla de la complejidad de etiquetar etnicidades y sus sociedades en un sólo repertorio cultural. Las etiquetas están ahí, estampadas, rotuladas, grabadas sobre la arquitectura de la ciudad; ya sean avistamientos sobre estructuras formales o informales, escenifican las diferencias y los límites: “*the clash between the race*” (Kasinitz *et al.*, 2008: 82).

La calle por su naturaleza pública para los (in)migrantes encarna además de la violencia y la diferencia, la dificultad, ya que los coloca ante los otros en desnudez casi total; el éxito del barrio y el enclave étnico radica de ahí, en su protección, en cubrir las carencias y sanar las nostalgias y los miedos (Portes & Rumbaut, 1996). La apropiación del espacio público por los (in)migrantes, se da a través de un proceso de resistencia semiótica, publicidad endógena e interactiva, mensajes simples, liberadores y opuestos - aunque mínimamente- al *establishment*, por medio de los que interiorizan por momentos una relación: calle, hogar, vecindario y anti-sistema (Delgado, 2008).

Frente al mural de los Zapatistas, donde una Virgen de Guadalupe en vigilia provee de identidad a los residentes locales de El Barrio y que convive con una antigua Bodega puertorriqueña llamada Javier Grocery que abre paso en sus anaqueles a diversos productos mexicanos: los consumos y los

consumidores son la metáfora de un juego segmentado que va más allá del Harlem Hispano.

Dispersión étnica, identificaciones dinámicas, ausencia o pertenencias múltiples, pequeños subcentros urbanos en cada uno de los distritos de Nueva York, definen la instalación, el establecimiento y la dispersión urbana de los mexicanos sobre el territorio de la isla de Manhattan y los distritos de Brooklyn, Queens y Bronx. Se resumen en una ocupación no sólo residencial sino comercial, organizada en pequeños negocios instalados a lo largo de la Quinta Avenida (Brooklyn), la Roosevelt Avenue (Queens) o en las calles del South Bronx. En sus marquesinas se lee: Tulcingo Deli, Los Cadetes de Linares, Tecate, Tortillas Piaxtla, Botas TexMex Montana, Matamoros Restaurant, Jarritos, Banda Bostik, Estrellas de la Kumbia, Cerveza Corona.

Se observa una ocupación del espacio urbano con marcaje étnico; lo cual, en la contienda global significa colocar una línea fronteriza entre el mundo del *gentrification* visto como encumbramiento y transformación urbana desde arriba *-mainstream-*, y el mundo impulsado desde abajo, basado en una economía de vecindario y la localidad, el cual, es instrumentado, alternativamente, como un recurso más de la cultura (in)migrante urbana, donde los intereses que se despliegan sobre ciudades contemporáneas altamente pobladas y diversas, juegan en el espacio mercantil y comunitario. En ese sentido se problematizan las necesidades y las estrategias como oportunidad y alternativa, material y discursiva para todos: vendedores ambulantes, pandilleros, jóvenes, publicistas, activistas, empresarios, locatarios, residentes y artistas muralistas y grafiteros callejeros (Appadurai, 1999; Yudice, 2002).

La cultura en el espacio urbano articula y distingue las fronteras de la diferencia, socialmente constituidas, cosificadas y movilizadas, mismas que generan no sólo una imagen o representación, sino asociaciones de sentido: símbolos y lenguajes que validan y codifican la fragmentación del territorio, en este sentido, el espacio público conmemora la etnicidad, en y sobre este se inscriben formas de vivir en concentraciones itinerantes, dispersiones multisituadas (Appadurai, 1996; Godoy, 2005).

Si los dominicanos y los puertorriqueños se han caracterizado por sus concentraciones espacio-territoriales en la urbe neoyorquina, los mexicanos han penetrado paulatinamente espacio público y la propiedad privada ocupando y mexicanizando comunidades de los cinco distritos de Nueva York: en una calle del South Bronx, sobre un toldo de un local, aún se ve el anuncio de un restaurante de comida China que ahora es una tienda multipropósito en la cual, igual se vende cerveza mexicana, se mandan encomiendas a distintas regiones de Guerrero, y el Estado de México.

Carmen tiene 22 años, vive en un barrio del South Bronx, nació en Puebla, nos conocimos en un evento de jóvenes mexicanos artistas y artesanos en el Foro Brecht de Manhattan. Es la menor de cuatro hermanos, estudió hasta el grado de asociado, trabaja con sus padres en un negocio de fotografía y vídeo de eventos familiares, quiere regresar a México porque, de acuerdo a su percepción, ser (in)migrante sin una situación migratoria regular se ha complicado desde el ataque a las Torres Gemelas el 9/11. Dado que no ha podido encontrar un trabajo que tome en cuenta sus estudios debido a que no tiene número de seguro social, trabaja en un restaurante con otros migrantes irregulares. Después de conocernos, intercambiamos número telefónico y correo electrónico, una semana más tarde coincidimos en Union Square:

A los ocho años me trajeron mis papás para acá, y vivo aquí en el Bronx, Nueva York; la porquería del Bronx... tanto salvaje allá: es muy fe.; En el tiempo que hemos estado aquí (en los 14 años que hemos estado aquí) nos hemos mudado como cuatro veces, y siempre por problemas de pandillas. Una vez terminamos, sin querer, en un apartamento en el área donde estaba la mera prostitución y *well*, duramos nada más un año y nos mudamos a otro; según a un área más tranquila, y en esa área ha sido el único lugar en donde a mi hermano se lo han madreado y lo han asaltado, entonces, pues es un poco difícil vivir en El Bronx. Los morenos, disculpa la palabra, pero nomás de puros huevos, un pinche negro le pegó a mi hermano, pura mala suerte de él, porque iba caminando y le dieron en la cabeza y él cayó; había una reja y al caer cayó en uno de los meros picos de la reja y se le clavó aquí, entonces, le agarraron ventaja, le siguieron pegando y total...acabó en el hospital mi hermano, nada tan feo, solamente por esa herida, pero... puras experiencias feas en El Bronx, todo en El Bronx, siempre en El Bronx (Carmen

García, Manhattan, NY 2009).

A principios de la década del 2010 en el Bronx habitaban alrededor de 88 mil mexicanos (Latin Data Project, 2010), es uno de los distritos que recientemente han sido poblado por los (in)migrantes de origen mexicano, y no será sorpresa observar en unos años la formación de pequeños nodos o centros de enclave étnico residencial y comercial. Después de nuestra entrevista en Union Square visité el barrio de Carmen. Para ella, el Bronx y West Harlem significan territorio de disputa y violencia racial; los mexicanos asociados a su patrón de establecimiento residencial de bajo costo económico y alto costo social, como estrategia han conformado pequeñas colonias o comunidades en todos los distritos de la ciudad de Nueva York, dándoles presencia y reconocimiento como grupo étnico emprendedor. Los buenos y malos negocios van y vienen, abren y cierran, pero al final han tomado el territorio para ellos y para los que vienen: nuevos (in)migrantes y nuevas generaciones.

Un atardecer al final del verano en el Bronx es parecido a una tarde de verano en las calles de una colonia popular de la Ciudad de México, con una breve diferencia, la multiracialidad. La música se escucha alto, hay gente conversando en las calles, familias caminando, niños que juegan en las aceras, hombres bebiendo cervezas envueltas en papel *craft*, taquerías, mujeres que desde las ventanas llaman a gritos a sus hijos adolescentes, mexicanos detrás de los mostradores de las pizzerías, sirenas aullando, patrullaje constante, ambulancias, vendedores ambulantes, voces en inglés y español mezcladas en un bullicio urbano multinacional.

Aunque no me guste vivo en El Bronx, para mi Manhattan es la mejor área, bueno de Harlem para abajo, porque Harlem también está bien cagado, pero aquí vivir no es razonable, el precio es... no sé, yo donde vivo se paga mil trescientos al mes, es una casa de una planta, entonces pienso que aquí en Manhattan mínimo por un apartamento serían tres mil dólares... yo vivo con mis papás, mi hermano y mi hermana, yo soy la menor. Hace apenas como un año se mudó fuera de casa mi hermana la mediana, se fue a vivir para Brooklyn: ella siempre ha sido la más sobresaliente, bueno socialmente la más sobresaliente, es más loca, más sociable,

más rebelde en todo, hace un año dijo “me voy” y se fue a vivir sola. Ella ahora trabaja en una tienda de ropa aquí en Manhattan, sacó el grado de Asociado (igual que yo) en arte, en un *college* en El Bronx; mi hermano es el más grande, él se ganó una beca para estudiar: cuando llegamos de México era bien estudioso, bien chido mi hermano, y se ganó una beca para estudiar en una universidad del Bronx, y estudió Ciencia en Computación, y también hasta Asociado, hasta ahí le llegó la beca, pero pues, de nada sirve porque ahora no tenemos papeles. Y la mayor de nosotras las mujeres es Karina, es la misma historia para los cuatro; los cuatro estudiamos hasta el Asociado... Pero uno, no tenemos dinero y dos, no tenemos papeles a veces es como si hubiéramos llegado ayer, es bien difícil vivir en esta ciudad así... (Carmen García, Manhattan, NY 2009).

De acuerdo con los datos del Latin Data Project (2010), Bronx es el distrito con mayor nivel de pobreza de Nueva York; ahí reside el 31.7% del total de la población Latina de la ciudad y el 25.7% de la población de origen mexicano. En el área definida como South Bronx y concentrados en los subcentros urbanos de Mott Heaven, Port Morris, Melrose, Longwood y Hunts Point han habitado del periodo de 1990 a 2005 en promedio el 69.3% del total de los latinos del Bronx.

Aunque en magnitud, los puertorriqueños se mantienen aún como el grupo dominante entre los latinos, han decrecido en el área de el Bronx, a lo largo de 15 años se suma un saldo negativo que se ha redistribuido entre las comunidades de origen dominicano y mexicano, las que a su vez han crecido durante el periodo y han reocupado espacios residenciales y comerciales.

En la memoria colectiva, el Bronx permanece como una de zona de marginación, violencia y pobreza; durante toda la década de 1970 y 1980, se popularizó sobre su imagen el estereotipo del *ghetto*, el *slum* de inmigrantes; de culturas encapsuladas, extranjeras y exóticas. El cine y la literatura encumbró al Bronx como un espacio de naturaleza desmembrada, vagabunda, nocturna, solitaria y sombría (Bettin, 1982). Sin embargo, después de la administración de Rudolph Giuliani en la ciudad, las antiguas casas y apartamentos que antes eran picaderos de heroína y fumaderos de crack fueron removidas, rehabilitadas; y gentrificadas desde una política de ordenamiento territorial basada en la tolerancia cero, haciendo de el Bronx, y

en general de la ciudad de Nueva York un lugar más confortable para habitar: los índices de crimen y violencia se redujeron hasta en un 70%, sin embargo, los bajos ingresos y las condiciones de vida periféricas aún se mantienen (*New York Times*, 2001).

Al tratar de localizar o situar su vida en un punto geográfico -que le signifique pertenencia, integración o arraigo, en la narrativa de Carmen, irremediamente y sin otro horizonte más que sus recuerdos del origen-, aparece El Bronx como espacio urbano y territorio de residencia y socialización primaria, aunque de manera desencantada. Negociar el derecho a “estar y construir” vida social en un barrio marginal no es imposible, la población afroamericana y puertorriqueña durante décadas han monopolizado el mercado y los frentes sociales, políticos, económicos, culturales de las áreas marginales, ya sea de manera formal, informal o subterránea, ambas comunidades se consolidaron histórica, material, simbólica y demográficamente en los vecindarios, mediante estrategias endógenas de solidaridad social; los corredores urbanos de supervivencia instalados a lo largo de los paisajes del Bronx, tomaron sentido en el caos de la ciudad entera, quizá, de manera anacrónica o desfasada de los argumentos que sostiene la Escuela de Chicago develan aquí algunas pistas para entender cómo funcionan las relaciones interétnicas, interraciales e intersticiales en los espacios donde al no ser o no formar parte del orden pre-establecido vulnera de facto.

Carmen y su familia instalaron su residencia en el Bronx en la década de 1990, en medio de un barrio gobernado por intereses y asociaciones locales, dinámicas entretejidas y sustentadas en una comunidad de sentimientos y sistemas de control residencial e institucionalizados desde los márgenes del control estatal que cifran el contenido de ese arraigo urbano metropolitano.

El *ghetto* como espacio urbano se expone y se expande, al mismo tiempo hacia afuera y hacia adentro ¿cómo se vive?, ¿de qué color son las paredes?, ¿qué cuelga de ellas?, ¿qué olores se guardan?, ¿en qué idioma se hablan padres e hijos?, ¿de qué hablan?, ¿qué música se escucha cuando

se siente la nostalgia?, parecen ser siempre una incógnita, es en este sentido ¿el mundo del exterior la única realidad palpable? En el mundo de vida (in)migrante, ambos se yuxtaponen cuando la ciudad se disuelve en sus habitantes, en el contexto de la Escuela de Chicago, se piensa la movilidad como elemento que da particularidad y propiedad simbólica al territorio, solidaridades emergentes en *ghettos* étnico- raciales delimitadas con precisión geométrica, crean un marcaje físico, necesario para homogeneizar y diferenciar entre la estabilidad que brinda el *ghetto* a la población al interior de los vecindarios (Bettin, 1982).

¿*Ghetto* o enclave cultural? En Brooklyn, también se vive la tradición del Día de Muertos. A las diez de la mañana del primero de noviembre, caminando por la calles de la calle Quinta, llego a casa de Cayama, al recibirme, no había nadie en casa sólo él y cuidando su altar de muertos.

Cayama tiene 21 años de edad, trabaja part time haciendo aseo un par de días a la semana en el área donde reside. También la mayor parte del tiempo trabaja como artesano; comparte apartamento sus hermanos, sus cuñadas y sobrinos. Dentro del hogar, se respira un aroma distinto al de las calles, huele a pueblo mexicano, a tortilla quemada, a chiles secos. En la mesa de la cocina, una bolsa de pan de marca mexicana ocupa el centro, así como una lata de café soluble medio abierta. Cayama es originario de mixteca poblana, dice que su pueblo no existe en los mapas, llegó a los 17 años a Nueva York, trató de estudiar y trabajar, pero ni en el sistema de educación ni en el sistema de empleo formal se siente cómodo; forma parte de los “Rockeros de la Quinta”, un grupo de jóvenes de origen mexicano que no se definen ni como un *crew* ni como una *gang*. Les gusta estar en la esquina como se hacía en los años ochenta en los barrios de la ciudad de México, sólo pasando el tiempo, bebiendo cerveza, hablando y riendo.

En la misma área donde reside Camaya, cohabita el “De Efe *Crew*”, un grupo de grafiteros mexicanos procedentes de localidades urbanas del Distrito Federal y su área metropolitana. Algunos son del Valle de Chalco, Ciudad Nezahualcoyotl, y Delegación Iztapalapa; en su mayoría trabajan en la construcción haciendo *rufos* -techos- o colocando azulejo. Como colectivo

urbano han marcado la ocupación del espacio urbano de la ciudad de Nueva York con sus grafitis monumentales, cruzando del distrito de Brooklyn al distrito de Manhattan en el techo de un par de *buildings*, tal cual dicen ellos, se leen las firmas de los miembros del *De Efe Crew*. Para ellos, como jóvenes (in)migrantes de primera generación la ciudad es segregación, y mediante la pintura ilegal expresan su apropiación e integración territorial, a modo de anti-segregación, intervención urbana forzada.

El distrito de Brooklyn, así como El Barrio-Harlem y el Bronx, también es México. La taquería Xochimilco sobre la Quinta expresa el principio de creación de un enclave socio cultural vivo y permanente. Aquel día del primero de noviembre, Cayama me ofreció los alimentos del Altar de Muertos, bebimos café y comimos las conchas de color rosado de sus muertos; luego caminamos por el barrio, nos encontramos con Neza y Libre, un par de jóvenes mexicanos. Les acompañé a comprar un par de cigarros de marihuana cerca de la Quinta, después paseamos por el Prospect Park, y mientras fumaban, me di cuenta que para ellos, como jóvenes (in)migrantes de la crisis, el sueño americano es otro, no es está en su horizonte el estar para abonar a su tierra, sino para vivir al día y al tiempo.

#### **4.4 *Ghetto* o enclave cultural: dominicanos y mexicanos en la ‘Avenida de las Américas’**

¿Dónde inicia la historia de la (in)migración latinoamericana en Nueva York? El Barrio-Harlem, la Quinta en Brooklyn, South Bronx, Washington Heights, la avenida Roosevelt en Queens, en cada uno de los lugares enunciados se ensamblan cartografías sinfónicas de la (in)migración: de la memoria y de la presencia. Los desplazamientos temporales y permanentes de manera involuntaria construyen el paisaje étnico de la ciudad de Nueva York, el encumbramiento o la gentrificación de los barrios a fuerza de políticas de reordenamiento territorial transforman los contenidos de discurso étnico-barrial, de la concentración a la dispersión residencial y comercial.

Jovanny Baez, relataba como él y su familia han vivido el desplaza-

miento a lo largo de sus trayectorias (in)migratorias. De lo que alguna vez se definió en *midtown* como área de dominicanos no queda nada. En el local de una antigua licorería y una vieja bodega de alimentos, ahora se cuelgan letreros de Starbucks y Barnes & Noble. El valor del suelo urbano en el distrito de centro de Manhattan y en toda ciudad desde finales de la década de 1990 a la actualidad se ha incrementado. Frente a esto, el (in)migrante urbano ha desarrollado una estrategia de cohabitar de manera colectiva en apartamentos de tres recámaras, una sala, un baño, y una cocina, hasta tres familias, en promedio de diez a quince personas que gradualmente van desgastando el ánimo de la sociabilidad cotidiana, lo que se refleja en problemas de violencia al interior de los hogares, así como en al exterior: el barrio se convierte en la metáfora de la fractura familiar.

¿Vivir en enclave étnico o poliétnico? El enclave, sostiene Waldinger (2001), amenaza y tiene la capacidad de condenar a sus habitantes a un círculo vicioso de segregación social, marginación económica, cultura de la pobreza y actividades ilícitas. Los jóvenes (in)migrante cual sea su generación de adscripción en su proceso de identificación étnica, nacional y etaria, pueden encontrar su primera experiencia laboral tan fácil como su primer contacto con la drogas.

La prosperidad narrada por Bourgois (2003) en su investigación del *East Harlem*, se da alrededor de una cultura de pobreza y el mercado de drogas. A través de la imagen del (in)migrante que periféricamente logra el ascenso social encarnando el estereotipo anti-heróico, seduce a los jóvenes tanto de reciente como largo arribo; son las características del hogar, la familia o la red migrante las que acomodan el destino de los jóvenes: el equilibrio entre la seguridad del enclave -en tanto respaldo emocional y estructura identitaria-, con el mundo exterior y la mezcla de los idiomas es un idilio del que hasta el momento pocos participan. Las comunidades, así sea en espacios étnicos o poliétnicos, tienden a construir muros y franjas comunicacionales, que poco tienen que ver con la idea de colectivos simbólicos de capital (Smith, 2006; Harvey, 2001).

La avenida Roosevelt confirma el dato que Queens es el distrito con la

mayor diversidad étnica de Nueva York, entre el atardecer de un sábado y la mañana de un domingo Latinoamérica hace presencia no sólo por aquellos que deambulan sobre ella. Es la oferta culinaria un diálogo que lleva al (in)migrante del ceviche ecuatoriano a las empanadas colombianas y los tacos de carnitas mexicanas. Los (in)migrantes dominicanos y los mexicanos habitan este distrito mezclados entre peruanos y hondureños, es difícil, saber de dónde viene cada cual (Latino Data Project, 2008). ¡Qué lo qué! grita uno por ahí desde un taxi: es dominicano; ¡Órale!, contesta otro dentro de una *grocery*: es mexicano; ¡Oiga usted mi parce! habla un colombiano; barrios mixtos en Queens, segregación étnico urbana per se.

Foner (2009), afirma, que actualmente el establecimiento de nuevos (in)migrantes en Nueva York se realiza no sólo en enclaves étnicos, sino en barrios poliétnicos. En la línea siete del tren, se observan indicaciones sobre los cambios en las rutas de los trenes en más de dos idiomas, de Flushing a Manhattan vía *subway* o *tren* se teje un red de presencias multiétnicas a través de estaciones paralelas a los barrios chinos, coreanos, colombianos, ecuatorianos, mexicanos, indios, paquistaníes (Lobo y Salvo, 2004 en Foner, 2009).

El Chinatown localizado en Flushing al final de la ruta siete del tren, ha pasado de una concentración mayoritariamente asiática hacia una composición étnica plural, la diversidad de contingentes de América del Sur, y otras latitudes, se visibiliza cuando los fines de semana son tomados los campos del parque por múltiples ligas deportivas que sobre todo están organizadas a través del eje étnico (Foner, 2009).

Alelí es una joven mexicana que estudia enfermería en el Bronx desde el primer día que llegó a Nueva York, vive en Flushing, Queens. Trabaja de forma irregular en un restaurante de Manhattan y en los veranos apoya en el aseo en el área de Los Hamptons. La primera vez que charlamos lo hicimos en el recorrido del tren que va de Lehmann College a Grand Central. Ahí, ella iba transbordar hacia la línea 7 y tomaría un autobús hacia su casa, haría un cambio de ropa y se trasladaría de nuevo hacia la ruta que va para Manhattan. Alelí nació en Tuxpan, Michoacán y llegó a Nueva York siendo

niña, ella como otros migrantes han sido definidos como de la generación 1.5, y encuentra en sus trayectorias espaciales sobre la ciudad, una metáfora de su inserción en la sociedad de destino, permanentemente vive en el tránsito al interior de la ciudad y se desarrolla alrededor de una comunidad de alta movilidad poblacional (Smith, 2006; Aparicio, 2006).

Todo el tiempo, es que siento así como que, no estoy haciendo mucho, vea (verdad), estoy limitada... Por tu estatus aquí, a veces tú no puedes hacer más de lo que te permiten; tú sabes que tienes la capacidad de hacer otra cosa, y mírame yo estoy trabajando en un restaurante. Hace poco me ofrecieron un trabajo de asistente de un dentista, fui y lo probé, pero nunca dije nada de mi estatus o lo que sea, sino fui a ver el trabajo, a ver cómo era, me encantaba, pero nunca les di mi información, nada más fui a ver y me encantaba ese trabajo, me gustaba, nada más que no me estaban pagando y no querían contratar a gente que no tuviera papeles... Me iban a dar viernes y sábado de descanso y mi horario era como de las once la mañana a ocho de la noche y era un horario bueno para llegar a mi casa, y estaba en Manhattan, estaba en medio de la ciudad, ahí por la 59 y Columbus Square, que es un lugar bien bonito, al lado del Parque Central, me gustaba, me encantaba ese trabajo pero no me podía quedar porque no tenía papeles, y este, me tuve que quedar en este trabajo que tengo de mesera, está bien, me gusta más o menos, me llevo bien con la gente pero preferiría yo hacer otra cosa (Alelí, Bronx y Queens, Nueva York, 2008).

En la generación 1.5 se refleja un malestar e inquietud de los adolescentes formados en la ambigüedad y la incertidumbre de la pertenencia. Alelí, viviendo en un barrio periférico cotidianamente realiza recorridos urbanos intermitentes, su dinámica de inserción a la ciudad es multilocalizada: el empleo, la vivienda, la escuela, le marcan su trayectoria individual. Y mientras tanto adquiere conciencia de su propio argumento: soy una mexicana criada en Nueva York, y soy una americana que nació fuera de Estados Unidos; su pasado y su futuro entre la cultura latina y su norteamericanización definen su presente (Aparicio, 2006); reterritorializa y recrea su comunidad alrededor de los espacios que recorre cotidianamente.

Al tratar de sintetizar algunas de las continuidades que se narran a lo largo del capítulo, se observa la gran heterogeneidad en las formas de

incorporación de los jóvenes condicionadas por la temporalidad de su (in)migración, es decir, la generación de arribo de adscripción, y por otro lado, las particularidades que adquiere su inserción urbana de acuerdo con su origen étnico.

En ambos casos, tanto para los (in)migrantes dominicanos como para los mexicanos de la primera generación el aislamiento de la sociedad huésped aparece como la constante en sus dinámicas de establecimiento urbano debido a que como estrategia de llegada tienden a concentrarse los primeros años dentro de las fronteras del enclave étnico, también en el caso de los mexicanos, que aunque como comunidad siguen una lógica de dispersión, finalmente se agrupan en pequeñas comunidades a lo largo de los distritos.

En el caso de la segunda y generación intermedia se observa una transformación significativa, en tanto sus narrativas expresan mayor apertura a la sociedad de huésped, aún con un matiz hacia arriba o abajo, definido como integración completa o integración segmentada. Las condiciones estructurales en las que se insertan los (in)migrantes al espacio urbano, tales como estatus migratorio, redes familiares -fuertes o débiles-, la alta o baja movilidad residencial tienden a limitar y restringir el desarrollo de los jóvenes en la segunda y generación intermedia, así como definir sus formas de integración y sentido de pertenencia.

En este sentido, cabe reflexionar si, ¿son los inmigrantes o la sociedad huésped los responsables de una inserción con integración? Desde la obra de Park (1930) hasta Alba y Nee (2003), es posible ver que los límites y las fallas intrínsecas al proceso de *asimilación*, *inserción* e *integración*. Ya sean los individuos o las colectividades, los inmigrantes de corto o de largo arribo, todos se han planteado como sujetos activos de una sociedad global con espacios y lugares definidos para la participación cultural, escolar, económica y política de sus miembros y sus generaciones.

En este sentido, la asimilación y la aculturación, al final del día, como paradigmas ortodoxos en concreto pierden relevancia y temporalidad en tanto la sociedades no se observan como un todo intocable y de estructuras

inamovibles. En los años veinte Burgess y Park (1921) definieron sus conceptos en relación a los procesos donde las acciones de interpenetración y fusión son los ejes a través de los cuales -como sus propios recursos e historia- los grupos de inmigrantes encuentran sentido a su experiencia de presente, y así arman un vida cultural en común; dicho planteamiento, comprendido como formación de sub-sociedades o subculturas ha generado más de una controversia en torno a la posición del grupo frente a la sociedad dominante.

Espacio público y privado: la ciudad es el escenario donde las aspiraciones individuales y colectivas de los migrantes jóvenes se materializan, la pertenencia a un grupo y a un territorio define su personalidad y papel en la sociedad. En una idea compleja de identificaciones territoriales la posición como minoría marca el paso y la relación con lo nativo, de ahí, el éxito o el fracaso. La distancia que se define entre el grupo étnico y la sociedad huésped, simboliza el temor del inmigrante a ser tocado en su cultura profunda, de ahí exaltación de signos idiosincráticos (en murales, aparadores, letreros luminosos y en las fachadas de los hogares); dicho temor, también es expresado en la movilidad al interior de la ciudades: de un barrio a otro o de un distrito a otro, en un espacio de horizontalidad: circulación de bienes y símbolos.

El Little Mexicos diferente al Washington-Quisqueya Heights se traduce en un movimiento por el que fluye y se dispersa por los cinco distritos de Nueva York, la comunidad con su mexicanidad; de barrio a barrio, se trasmite un aprendizaje del ser (in)migrante y hacer cultura en territorio ajeno (Glick Shiller, 1998).

Negar que existe segregación en Estados Unidos es insostenible, la segregación territorial y racial está -prácticamente- normalizada. Se observa en la desigualdad en más de un ámbito social como el residencial y el comercial, en las escuelas y los hospitales. Asimismo es insostenible negar la activa participación de los (in)migrantes en las grandes urbes, las cuales han sido intervenidas por completo por la (in)migración.

Al observar centros urbanos como Nueva York, es difícil no atraer

imágenes de la urbanística latinoamericana como la sobrepoblación y la rebasada planificación metropolitana; dichas pautas se reproducen a menor escala en Norteamérica, sin embargo, las consecuencias son visibles: los enclaves (in)migratorios como espacios urbanos caen inevitable en la metáfora del tercer mundo anclado en el centro de la periferia de las ciudades globales (Narvaez, 2007).

Al respecto, Davis (2000), sostiene que existe un vacío de la teoría urbanística respecto al mundo actual, el cual, describe como el concentrar esfuerzos en entender como se reorganizan las ciudades en tanto son nódulos de orden global. Sin embargo, a nivel microsociales han dejado de lado las dinámicas que se producen al interior de las ciudades por los sujetos que las recrean: negligencia o falta de ideas señala, empero reconoce que las sociología y la antropología urbana se han encargado de desentrañar lo que producen los barrios en tanto reordenación estética, representación y apropiación urbana.

La música, la gente bailando, comiendo, bebiendo: el enclave y los barrios étnicos y poliétnicos, abiertos o cerrados donde habitan los latinoamericanos de Estados Unidos son islas en la que si se mira fijamente, se encuentra la diferencia “transformada por fuera y por dentro en sus pensamientos, su vestimenta, sus sentimientos, su lenguaje” (Moya Pons, 1996: 24), porque al final del día el espacio urbano enclavado, segregado, vuelto *ghetto* es la interpretación de la memoria de una nación que decidió ensamblar así su etnicidad en otro territorio.

En el barrio, la esquina puede ser el principio de la historia, el inicio de todo y de la nada, ahí se encuentra la vida y la muerte, el amor y la amistad, por ahí pasan las chicas, las morras, los panas, el futuro, las nenas, la gloria, la droga y el olvido; allí, mientras los jóvenes (in)migrantes conversan y el tiempo pasa frente a ellos; pueden ser atravesados por una ráfaga de fuego: que puede quebrarles la vida, pero también y, ¿por qué no?, inyectarles pertenencia.

El enclave étnico o el *ghetto* (in)migrante si bien, resulta en una primera aproximación un escenario lleno de virtudes para los recién llegados,

ya que ahí encuentran un ambiente construido socialmente para la acomodación e integración a la ciudad como (in)migrantes, y un espacio urbano tanto para su uso laboral como su uso e incorporación residencial en un primer momento o etapa de inserción a los mercados laborales, que además resulta dada la evidencia empírica, que se vinculan con las redes de origen pero también las nuevas redes construidas en nodos anclados en los enclaves étnicos.

Ahora bien, en una segunda aproximación, al analizar de manera más profunda el enclave étnico o el *ghetto* (in)migrante, se puede observar que además de sus virtudes, encarna una serie de vicios o escenarios de comodidad que en casos extremos no permiten la incorporación de los recién llegados a la sociedad huésped, ya que se insertan en el mercado laboral local del enclave, situándose en un espacio que funciona como una nación paralela, en la cual, no es necesario conocer el idioma, ya que siempre se habla en la lengua materna, el español.

Se pueden encontrar tanto virtudes como vicios en estos espacios de acomodación, lo cierto, es que dada la construcción social de las ciudades de (in)migrantes estos espacios son parte de una permanencia cultural, ante la cual, los recién llegados deberán enfrentarse y decidir si permanecen, se enclaustran o deciden salir al encuentro de las sociedad nativa.

En ambos casos, el barrio (in)migrante, se presenta como el escenario donde la etnicidad se realiza en la cotidianidad de la resistencia cultural, se configura una identidad de sangre, un hacerse ciudadanos de un espacio simbólicamente apropiado, donde el ser y el estar dentro del barrio y el enclave significa imaginar una vida o una muerte, es realidad que significa vivir, aunque en la exclusión, una forma de volverse presente y presencia: residentes y habitantes urbanos al margen y al centro al mismo tiempo.